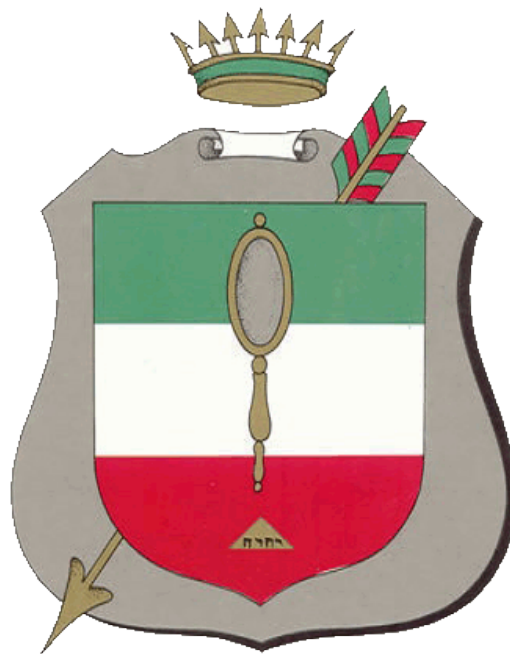


**XXVI**



**PRÍNCIPE DE MERCED  
O  
ESCOCÉS TRINITARIO**



Mientras estabas velado por la oscuridad, escuchaste repetidas veces la Voz del Gran Pasado enunciar sus más antiguas doctrinas. Nadie tiene nada que objetar si el Masón cristiano ve anticipada en Krisna y Sosiosch, o en Mitras y Osiris, la Divina Palabra que, tal y como cree, se hizo Hombre y murió en la Cruz para redimir a una raza caída. Ni tampoco puede este último objetar nada si aprecia que otros ven en la Palabra del Discípulo Amado, que era al comienzo en Dios, y que era Dios, y por el que todo fue hecho, únicamente el Logos de Platón, o el Pensamiento Pronunciado, o la Primera Emanación de Luz, o la Perfecta Razón de la Infinita, Silenciosa, Suprema y No Creada Deidad en la que todos creemos y a la que todos adoramos.

No menospreciamos la importancia de ninguna Verdad. No pronunciamos palabra alguna que pueda ser considerada irreverente por una u otra fe. No decimos al musulmán que sólo es importante para él creer que no hay más que un Dios, ni que sea irrelevante el hecho de que Mahoma fuese su profeta. No decimos al hebreo que el Mesías que aguarda ya nació en Belén hace casi dos mil años, ni que sea hereje por no compartir esa creencia. Ni tampoco decimos al cristiano sincero que Jesús de Nazaret no era sino un hombre como nosotros, ni que Su historia fue una ilusoria actualización de leyendas anteriores. Todo esto queda fuera de nuestra jurisdicción. La Masonería es atemporal, pertenece a todas las épocas, y no encuentra sus grandes verdades en ninguna religión en particular, sino en todas.

Para el Masón existe un Dios Uno, Supremo, de infinita Bondad, Sabiduría, Omnisciencia, Justicia y Misericordia. Creador y Preservador de todas las cosas. Cómo, o por medio de qué intermediarios, Él crea y opera, o de qué modo Se muestra o manifiesta, es algo que corresponde disponer a las distintas religiones y credos.

Para el Masón el alma del hombre es inmortal. Si emana de Dios para retornar a él, o cual será su modo de existencia en lo sucesivo, es algo que cada uno juzga por sí mismo. La Masonería no tiene nada que dictaminar en ello.

Para todo Masón, la Sabiduría o Inteligencia, la Fuerza o Potencia, y la Armonía o Belleza, constituyen la Trinidad de atributos de Dios. Pero la Masonería no se inmiscuye en las sutilezas filosóficas al respecto, ni juzga la realidad de las supuestas existencias en que se personifican, ni si la Trinidad cristiana es sencillamente una de tales personificaciones, o por el contrario una Realidad de la mayor importancia y del más tremendo contenido.

Para el Masón, la infinita Justicia y Benevolencia de Dios es garantía de que el Mal será finalmente destronado, y de que el Bien, la Verdad y la Belleza reinarán

triunfantes y eternos. La Masonería enseña y sabe que el mal, el dolor y el pesar existen como partes de un plan sabio y benéfico, cuyas partes trabajan conjuntamente bajo el ojo de Dios para alcanzar como resultado la perfección. Pero queda más allá de su dominio indagar o pronunciarse sobre si la existencia del mal está convenientemente explicada en uno u otro credo por medio de la Gran Serpiente Tifón, Ahrimán y su ejército de espíritus perversos, por los gigantes y titanes que militan contra el Cielo, por los dos principios coexistentes del Bien y el Mal, por la tentación de Satán y la Caída del Hombre o por Lok y la Serpiente Fenris. Del mismo modo que queda fuera de su esfera determinar cómo se logrará la victoria final de la Luz, la Verdad y el Bien sobre la Oscuridad, el Error y el Mal; o si el Redentor aguardado y ansiado por todas las naciones apareció ya en Judea, o está aún por venir.

La Masonería contempla con reverencia a todos los grandes reformadores. Ve en Moisés, Confucio, Zaratustra, Buda, en Jesús de Nazaret y en el Iconoclasta Árabe grandes maestros de moralidad, así como eminentes reformadores, si no más, y permite que cada hermano y miembro de la Orden les asigne un carácter tan divino y elevado como su Credo requiera.

De este modo, la Masonería no niega ninguna fe, ni enseña a no creer en esta o aquella, salvo que tal credo menoscabase lo sublime de la Deidad, la degradase al nivel de las pasiones humanas, negase el elevado destino del hombre, impugnase la bondad y benevolencia del Dios Supremo, atacase esos grandes pilares de la Masonería que son la Fe, la Esperanza y la Caridad, incitase a la inmoralidad o fuese contraria a los nobles deberes que inculca la Orden.

La Masonería es un culto; pero un culto en el que pueden unirse todos los hombres civilizados, pues no pretende explicar o dogmatizar sobre esos grandes misterios que se encuentran por encima de la débil comprensión de nuestro intelecto humano. Confía en Dios con Esperanza; y cree como creen los niños, con humildad. No desenvaina la espada para obligar a otros a adoptar su fe o ser felices con sus esperanzas. Y aguarda pacientemente para, en el futuro, comprender los misterios de la Naturaleza y la naturaleza de Dios.

Los mayores misterios del Universo son aquellos que están siempre rodeándonos, aquellos tan cotidianos y comunes para nosotros que nunca nos percatamos de ellos ni reflexionamos al respecto. Los sabios nos hablan de las leyes que regulan el movimiento de las esferas, las cuales, refulgiendo en amplios círculos y girando sobre sus propios ejes, son lanzadas de forma perpetua a una velocidad

inconcebible a través de las infinitas distancias del espacio; mientras nosotros, pequeños átomos, nos sentamos aquí, soñando con todo lo que ha sido creado para nosotros. Nos explican con suficiencia las fuerzas centrífuga y centrípeta, la gravedad y la atracción, y otros términos pomposos inventados para esconder su falta de significado. Hay otras fuerzas en el Universo aparte de las mecánicas.

Tomemos dos semillas diminutas y otras dos de mayor tamaño. Entreguémoslas al experto entendido, al químico, que nos explicará cómo se desarrolla la combustión en el interior de los pulmones, y cómo las plantas son alimentadas con fósforo y carbono, y los álcalis y el silicio. Permitamos que se descompongan, analicémoslas y torturémoslas de todas las maneras que conocemos. El resultado neto de cada una será un poco de azúcar, algo de fibra, algo de agua y carbono, potasio, sodio y otros elementos semejantes. Enterrémoslas en la tierra. Y basta con que la más tenue lluvia las humedezca y el Sol brille sobre ellas para que pequeños brotes surjan y crezcan. ¡Y qué milagro es el simple crecimiento! La fuerza, el poder, la capacidad por la que el pequeño brote, que un pequeño gusano puede arrancar con un leve movimiento de sus mandíbulas, es capaz de extraer de la tierra, el aire y el agua los diferentes elementos, tan concienzudamente catalogados, que le permitirán crecer en estatura y dirigirse de forma imperceptible hacia el cielo.

Una semilla crece para ser un fino y frágil tallo, de suave textura, como una hierba; mientras que otra crece para ser un duro arbusto, de rama dura y fibrosa, armada de espinas y lo suficientemente robusta para ofrecer resistencia a los vientos. La tercera se transforma en un árbol quebradizo, susceptible de ser arruinado por el rocío y menospreciado por el resto del bosque; mientras que otra extiende sus brazos toscos y resistentes, insensibles a la escarcha, el hielo y las nieves que rodean sus raíces durante meses. Pero, ¡oh!, de la tierra oscura y burda, y del aire invisible e incoloro, y de la pura agua de lluvia, la química de las semillas ha extraído colores, cuatro diferentes tonalidades de verde que pintan las hojas de estas plantas en primavera, igual que nuestros arbustos y árboles. Más tarde llegarán las flores, los vívidos colores de la rosa, el hermoso brillo del clavel, el modesto rosado de la manzana, y el blanco espléndido del azahar. ¿De dónde proceden los colores de las hojas y las flores? ¿Por medio de qué proceso químico son estos colores extraídos del carbono, el fósforo y la cal? ¿Acaso hay mayor milagro de obtener algo a partir de la nada?

Deshoja las flores. Inhala sus deliciosos perfumes, perfectos y deliciosos. ¿De dónde proceden? ¿Por medio de qué combinación de ácidos y álcalis podría el

laboratorio de un químico producirlos? Estudia la fruta, la rojiza manzana y la naranja dorada. Abre una y desgaja la otra. ¡Cuán diferente textura y fábrica! ¡Cuán distinto sabor! La misma tierra, el mismo aire y la misma agua han sido transformadas en una fruta distinta y en un sabor distinto, con un perfume particular para la flor de cada fruta.

¿No es aún más intrigante de dónde proceden el pensamiento, la voluntad, la percepción y todos los fenómenos de la mente, que no de dónde proceden los colores, los perfumes y sabores de las frutas y las flores?

Pero ¡ay!, en cada fruta hay nuevas semillas, cada una de las cuales está dotada del mismo maravilloso poder de reproducción, de las mismas fuerzas asombrosas contenidas en ella para desarrollarse a su vez. Fuerzas que han vivido durante tres mil años en los granos de trigo encontrados entre las envolturas de una momia egipcia; fuerzas acerca de las cuales la ciencia y la sabiduría no entienden más que las leyes de la naturaleza o de la acción de Dios. ¿Qué podemos conocer de la naturaleza, y cómo podemos comprender los poderes y *modus operandi* del alma humana, cuando las brillantes hojas, la flor blanca y el dorado fruto del naranjo son milagros más allá de nuestra comprensión?

No hacemos más que camuflar nuestra ignorancia en una nube de palabras, palabras que demasiado a menudo no son más que meras combinaciones de sonidos sin significado. ¿Qué es la fuerza centrífuga? Una tendencia a ir en una dirección concreta. Pero ¿qué fuerza, entonces, produce esa tendencia?

¿Qué fuerza dirige la aguja hacia el Norte? ¿Qué fuerza mueve el músculo que levanta el brazo, y cuándo determina la voluntad que se levantará?

¿De dónde procede la misma Voluntad? ¿Es espontánea, una primera causa, o es un efecto? También esto son milagros, inexplicables como la Creación o la existencia de Dios.

¿Quién nos explicará la pasión, el enojo, la ira, la memoria y los afectos de un pequeño ratoncillo, o la conciencia de identidad y los sueños de un perro? ¿O la capacidad de razonar de un elefante? ¿O los inexplicables instintos, pasiones, así como gobierno social y los modos de comunicación de ideas de hormigas y abejas?

¿Quién nos hará comprender, con sus palabras académicas, cómo nos llega el calor del Sol y la luz de las remotas estrellas, que se puso en marcha en su trayecto hacia nuestros ojos en la época en que los caldeos comenzaron a construir la Torre de Babel? ¿O cómo la imagen de un objeto externo llega y se fija en la retina del ojo,

donde esa imagen meramente vacía e insustancial se transmuta en el maravilloso fenómeno que denominamos Visión? ¿O cómo las invisibles ondas transmitidas por la atmósfera, al golpear en el tímpano producen el igualmente fabuloso fenómeno del Sonido, y se convierten en el rugido del tornado, el impacto del trueno, la poderosa voz del océano, el tintineo del cricket, las delicadas notas del ruiseñor o la mágica melodía del instrumento de Paganini?

Nuestros sentidos son misterios para nosotros, y nosotros mismos también resultamos misteriosos. La Filosofía no nos ha enseñado nada referente a la naturaleza de nuestras sensaciones, nuestras percepciones, nuestros actos cognitivos, ni el origen de nuestros pensamientos, y no nos ha ofrecido nada más que palabras. Ningún esfuerzo o grado de reflexión, por prolongado que sea, puede hacer que el hombre sea consciente de la existencia en sí mismo de una identidad personal esencialmente separada de su cuerpo y cerebro. Nos torturamos esforzándonos por tener una idea de nosotros mismos, acabando exhaustos en la labor. ¿Quién ha podido hacernos entender cómo se produce la sensación nerviosa que crea la percepción en la mente del animal o del hombre a partir de la onda sonora percutiendo en el oído, o las partículas adentrándose en las fosas nasales, o tomando contacto con el paladar?

¿Qué sabemos de la Sustancia? Los hombres incluso dudan de que exista. Los filósofos nos dicen que nuestros sentidos nos permiten conocer únicamente los atributos de la sustancia: su extensión dureza, color, etc.; pero no la cosa en sí misma, que aparenta ser sólida, blanca o negra. Igualmente, lo que conocemos acerca de los atributos del Alma son sus pensamientos y percepciones, pero no la naturaleza del Alma misma que percibe y piensa. ¡Qué maravilloso misterio existe en el calor y la luz, cuya verdadera naturaleza desconocemos, y que existe dentro de unos estrechos límites en comparación con la infinitud, más allá de la cual se extiende el infinito espacio, la negritud de la oscuridad más inimaginable y el frío más inconcebible! Pensad tan sólo en el vigoroso Poder necesario para mantener la calidez y la luz en el Punto Central de semejante infinitud, para la cual la oscuridad de la Medianoche y el frío de la última isla del Ártico no significan nada. Y a pesar de todo esto, Dios se halla omnipresente.

¡Cuán misteriosos son los efectos del calor y el frío sobre el asombroso fluido que denominamos agua! ¡Qué misterios yacen escondidos en cada copo de nieve y en cada cristal de hielo, y en su transformación final en el invisible vapor que se eleva desde el océano o la tierra y flota sobre la cumbre de las montañas!

¡Qué multitud de maravillas, sin duda, nos ha desvelado la química ante nuestros ojos! Piensa tan sólo si alguna ley enunciada por Dios fue en alguna ocasión transgredida. Consideremos la de la atracción o afinidad o cohesión, por ejemplo. La totalidad del mundo material, con su sólido granito, sus vetas de oro y plata, sus minas de pórfido y sus lechos de carbón se tornarían instantáneamente, junto con todos los soles y estrellas y mundos a lo largo y ancho de todo el universo, un tenue vapor invisible o una infinidad de partículas o átomos difusos por el espacio infinito. Y con ellos desaparecerían la luz y el calor, salvo que la misma Deidad fuese, como creían los antiguos persas, la Luz Eterna y el Fuego Inmortal.

¡Los misterios del Gran Universo de Dios!

¡Cómo podríamos, con nuestra limitada visión mental, aspirar a comprenderlos y alcanzarlos! El espacio infinito, alejándose de nosotros día tras día. El tiempo infinito, sin principio ni fin. ¡Y nosotros, aquí y ahora, en el centro de ambos! Una infinidad de soles, de los cuales el más próximo se ve minúsculo incluso con el telescopio más poderoso, teniendo cada uno a su vez su corte de planetas. Un infinito número de soles tan alejados de nosotros que su luz, en el momento de alcanzarnos, ha empleado en su viaje cinco siglos. Nuestro mundo girando sobre su eje, y apresurándose en su itinerario alrededor del Sol; y el Sol, y todo nuestro sistema girando en torno a algún gran punto central; y los soles y estrellas y mundos lanzados con increíble rapidez a través del espacio sin límites. Y sin embargo, en cada gota de agua que bebemos, en cada migaja de nuestra comida, en el aire, en la tierra, en el mar, hay una multitud de criaturas invisibles a simple vista, de una pequeñez casi increíble, pero organizadas, vivas, que quizá tengan conciencia de identidad, memoria e instinto.

Tales son algunos de los misterios del gran Universo de Dios. Y de nosotros mismos, pues el mundo en que vivimos no es más que un punto en el centro de la infinitud del tiempo. De buen grado aprenderíamos cómo creó Dios este Universo, y comprenderíamos Sus Poderes, Atributos, Emanaciones, Su modo de existencia y de actuar. Con gusto conoceríamos el plan por el que todos los acontecimientos suceden; el plan maestro, profundo como Dios Mismo, y las leyes por medio de las cuales controla Su Universo. De buen grado Lo veríamos y hablaríamos con Él cara a cara, como el hombre habla con el hombre. Pero intentamos no creer, porque no comprendemos.

El Creador dispone que nos amemos los unos a los otros, y amemos al prójimo como a nosotros mismos. Pero discutimos y reñimos, y odiamos y asesinamos al otro

porque no tenemos la mismo opinión respecto a la esencia de Su Naturaleza, o de Sus Atributos, o porque discrepamos respecto a si fue nacido de mujer y fue crucificado; o si el Espíritu Santo es de la misma sustancia que el Padre, o solo de una sustancia similar; o por si un débil anciano es el Vicerregente de Dios; o por si hay unos destinados a ser salvos, mientras que otros están condenados al infierno; o por si el castigo de los perversos tras la muerte será o no eterno; o por si esta doctrina o la otra es herejía o verdad. Y de este modo regamos la tierra de sangre, despoblamos reinos y convertimos fértiles tierras en desierto; hasta que, víctima de la guerra religiosa, la persecución y el derramamiento de sangre, la tierra se ha convertido en un osario que ha girado durante siglos en torno al Sol, humeando y hediendo mientras derramaba sangre, la sangre del hermano asesinado por el hermano en razón de sus diferentes opiniones, y convirtiéndose en el horror del resto de planetas.

Pero si todos los hombres fuesen masones, y obedeciesen de todo corazón las suaves y gentiles enseñanzas de la Masonería, el mundo sería un paraíso, mientras que la intolerancia y la persecución la convertirían en un infierno. Pues este es el Credo Masónico: Ten FE, en la infinita Beneficencia de Dios, en Su Sabiduría y Justicia. Ten ESPERANZA en el triunfo final del Bien sobre el Mal, y en la perfecta armonía como resultado final de las concordias y discordias del Universo. Y practica la CARIDAD, como Dios la ejerce, con el incrédulo, el errado, el insensato y el pecador. Pues todos formamos una gran hermandad.

## INSTRUCCIÓN

**P:** Hermano Segundo Vigilante, ¿Sois Príncipe de Merced?

**R:** He visto el Delta y los Santos Nombres sobre él, y soy un Ameth, como Vos, en la Triple Alianza, de la cual llevo la marca.

**P:** ¿Cuál es la primera Palabra sobre el Delta?

**R:** El inefable nombre de la Deidad, el verdadero Misterio únicamente conocido por el Ameth.

**P:** ¿Qué representan los tres lados del Delta para nosotros?

**R:** Para nosotros, y para todos los Masones, los tres Grandes Atributos o Desarrollos de la Esencia de la Deidad: SABIDURÍA, o Poder Reflexivo y de Ideación, en el cual, cuando no existía nada a excepción de Dios, el Plan e Idea del Universo ya estaba formado y perfilado. FUERZA, o Poder Ejecutivo y Creador, que actuando de forma instantánea llevó a cabo el modelo e idea concebido por la Sabiduría, creando así el Universo y todas las estrellas y



mundos, y la luz y la vida. Y ARMONÍA, que sostiene y preserva. He aquí la Trinidad Masónica, Tres Potencias y Una Esencia. Las tres columnas que sostienen los universos Físico, Intelectual y Espiritual, de los que cada Logia masónica es un trasunto y símbolo. Al tiempo que para el Masón cristiano representan los Tres que son Uno: el Padre, la Palabra y el Espíritu Santo.

**P:** ¿Qué representan las tres letras sobre el Delta, I·H·Σ (Iota, Eta y Sigma)?

**R:** Tres de los Nombres de la Deidad Suprema entre los sirios, fenicios y hebreos: YAHVEH (Auto existencia); AL (Naturaleza-Dios, o Alma del Universo), SHADAI (Poder Supremo). Igualmente tres de los seis atributos principales de Dios entre los cabalistas: SABIDURÍA, el Intelecto (Νους), la Palabra (Λόγος) de los platónicos, y la Sofía (Σοφία) de los gnósticos; MAGNIFICENCIA, símbolo de lo que era la Cabeza del León; y VICTORIA Y GLORIA (Tsa-baath), que son las dos columnas Jakin y Boaz que se yerguen en el pórtico del Templo de la Masonería. Para el Masón cristiano son las tres primeras letras del nombre del Hijo de Dios, Quien murió en la Cruz para redimir a la humanidad.

**P:** ¿Cuál es la primera de las Tres Alianzas, de la cual llevamos la marca?

**R:** La que Dios hizo con Noé, cuando Él dijo «Nunca más volveré a maldecir la tierra por causa del hombre, ni volveré a destruir todo ser viviente como lo he hecho. Mientras la tierra permanezca, la siembra y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, el día y la noche, nunca cesarán. He aquí que yo establezco mi alianza con vosotros, y con vuestros descendientes después de vosotros, y con toda criatura viviente. Y la Humanidad no será exterminada por las aguas de las inundaciones, ni habrá más diluvios para destruir la tierra. Esta es la señal de Mi pacto: Mi arco he puesto en las nubes, el cual será por señal de la alianza entre la Tierra y Yo; una alianza eterna entre toda criatura viviente sobre la Tierra y Su Creador».

**P:** ¿Cuál es la segunda de las Tres Alianzas?

**R:** La que Dios hizo con Abraham, cuando Él dijo «Yo soy el Dios Absoluto y No Creado. Haré mi Alianza entre tú y Yo, y serás Padre de Muchas Naciones, y Reyes saldrán de tus lomos. Estableceré mi pacto entre tú y Yo, y con la descendencia que venga después de ti, hasta la más remota de las generaciones, en una Alianza Eterna. Y seré tu Dios y su Dios, y te entregaré la Tierra de Canaán para una posesión imperecedera».

**P:** ¿Cuál es la tercera de las Tres Alianzas?

**R:** La que Dios hizo con todos los hombres por medio de Sus profetas, cuando dijo «Juntaré a todas las naciones y lenguas, y vendrán y verán Mi gloria. Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y una nueva tierra; y de lo primero no habrá memoria, ni vendrá más al pensamiento. El sol nunca más te servirá de luz para el día, ni el resplandor de la luna te alumbrará; sino que el Señor

te será por luz perpetua. Su Espíritu y Su Palabra permanecerán por siempre con los hombres. Los cielos se desvanecerán como vapor, y la tierra se gastará como un vestido, y de la misma manera perecerán sus moradores; pero mi salvación será para siempre, y mi justicia no perecerá. Y habrá luz entre los gentiles, y salvación hasta el fin de la tierra. Los redimidos por el Señor regresarán, y una alegría eterna coronará sus cabezas, y el dolor y el pesar se desvanecerán».

**P:** ¿Cuál es el símbolo de la Triple Alianza?

**R:** El Triple Triángulo.

**P:** ¿De qué más es símbolo para nosotros?

**R:** De la trinidad de atributos de la Deidad, y de la triple esencia del Hombre: el Principio de Vida, el Poder Intelectual, y el Alma o Emanación Inmortal de la Deidad.

**P:** ¿Cuál es la primera gran Verdad de los Sagrados Misterios?

**R:** Que ningún hombre ha visto a Dios en ningún momento. Él es Uno, Eterno, Todopoderoso, Omnisciente, Infinitamente Justo, Piadoso, Benevolente y Compasivo, Creador y Preservador de todas las cosas, Fuente de Luz y Vida, coextensivo con el Tiempo y el Espacio. Aquel que piensa, y que con el Pensamiento creó el Universo y todos los seres vivientes, y las almas de los hombres. Esto es lo que es: lo Inmutable, mientras todo lo demás se halla en una génesis perpetua.

**P:** ¿Cuál es la segunda gran Verdad de los Sagrados Misterios?

**R:** Que el Alma del Hombre es inmortal, que no es el resultado de organización o agregado de materia, ni sucesión de fenómenos y percepciones. Sino una Existencia, una e idéntica, espíritu vivo, centella de la Gran Luz Central que entró y mora en el cuerpo, y que lo abandonará en el momento de la muerte para retornar a Dios, su Creador. No se desvanece ni se dispersa con la muerte, como vaho o humo, ni puede ser aniquilada, sino que continúa existiendo y posee actividad e inteligencia, y existía en Dios antes de ser revestida por el cuerpo.

**P:** ¿Cuál es la tercera gran Verdad de los Sagrados Misterios?

**R:** Que el impulso que incita a obrar correctamente y disuade del crimen no solo es más antiguo que las naciones y las ciudades, sino coetáneo con ese Ser Divino que ve y dispone tanto en el Cielo como en la Tierra. Pues Tarquinio no infringió con menor gravedad esa ley eterna por el mero hecho de que en su reino no existiese una ley escrita contra tal violencia, dado que el principio que nos empuja a obrar el bien, y nos previene contra la culpa, emana de la naturaleza de las cosas. No comenzó a ser ley cuando fue escrito, ni tiene un principio; sino que es coetáneo con la misma Inteligencia Divina. La consecuencia de la virtud no es el fin de la misma. Las obras dignas de

alabanza deben tener raíces y motivos más profundos para otorgarles el sello de virtuosas.

**P:** ¿Cuál es la cuarta gran Verdad de la Masonería?

**R:** Que las verdades morales son tan absolutas como las verdades metafísicas. Incluso la Deidad no puede hacer que haya efectos sin una causa, o fenómenos sin substancia. Como tampoco podría hacer que fuese pecaminoso o malvado respetar la palabra dada, amar la verdad o moderar nuestras pasiones. Los principios de la Moral son axiomas, como los principios de la Geometría. Las leyes morales describen las relaciones necesarias que fluyen de la naturaleza de las cosas, y no son creadas, sino que existen eternamente en Dios. Su existencia continuada no depende del ejercicio de Su Voluntad. La Verdad y la Justicia son Su Esencia. Nuestra obligación de obedecer Su ley no se debe a que nosotros seamos débiles y Dios omnipotente. El poderoso nos puede forzar, pero ello no implica obligación. Dios es el principio de la Moralidad, pero no por Su mera voluntad que, separada de todos sus otros atributos, no sería justa ni injusta. Dios es la expresión de Su Voluntad en tanto en cuanto esa voluntad es en sí misma expresión de la justicia eterna, absoluta y no creada que se encuentra en Dios, y que Su Voluntad no creó, pero sí ejecuta y promulga, del mismo modo que nuestra voluntad proclama, divulga y lleva a cabo la idea del bien que hay en nosotros. Dios nos ha dado la ley de la Verdad y la Justicia, pero no ha instituido arbitrariamente esa ley. La Justicia es inherente a su Voluntad, porque está contenida en Su inteligencia y sabiduría; es Su mismísima naturaleza y en Su esencia más íntima.

**P:** ¿Cuál es la quinta gran Verdad de la Masonería?

**R:** Que hay una distinción esencial entre el Bien y el Mal, entre lo que es justo y lo que es injusto. Y que esta distinción conlleva, para toda criatura inteligente y libre, la obligación absoluta de convenirse a lo que es bueno y justo. El hombre es un ser libre e inteligente. Libre, porque es consciente de que su deber es obedecer los dictados de la verdad y la justicia, y por ello debe tener la capacidad de obrar así, lo que implica también tener la capacidad de no hacerlo. E inteligente, porque es capaz de comprender la diferencia entre el Bien y el Mal, lo justo y lo injusto, así como la obligación que entraña, estando en su mano adherirse a esa obligación al margen de cualquier contrato o ley positiva; siendo capaz de resistir las tentaciones que le empujan al mal y a la iniquidad para así cumplir la ley sagrada de la justicia eterna. El hombre no está gobernado por un Destino inexorable o un Hado irresistible, sino que es libre de elegir entre el mal y el bien. Esa Justicia y Derecho, el Bien y la Belleza, son la esencia de la Divinidad, al igual que su infinitud. Y por ello existen leyes para el hombre. Y somos conscientes de nuestra libertad de obrar, del mismo modo que somos conscientes de nuestra identidad, así como

de la continuidad de nuestra existencia; y tenemos la misma evidencia de una cosa que de la otra; y si podemos poner una en duda, entonces tampoco tendremos certeza de la otra, y todo será irreal. Entonces podríamos negar nuestro libre albedrío y nuestra libertad de obrar únicamente sobre la base de que están entre las cosas imposibles. Lo que sería negar la Omnipotencia de Dios.

**P:** ¿Cuál es la sexta gran Verdad de la Masonería?

**R:** Que la necesidad de practicar las verdades morales es una obligación. Las verdades morales, necesarias ante el ojo de la razón, son obligatorias para la voluntad. La obligación moral, al igual que la verdad, que es su cimiento, es absoluta. Del mismo modo que las verdades necesarias no son más o menos necesarias, así la obligación no es más o menos obligatoria. Hay grados de importancia entre las distintas obligaciones, pero no los hay en la obligación misma. No podemos estar casi obligados. Lo estamos por completo, o no lo estamos en absoluto. Si hubiese un lugar o refugio en el que pudiésemos escaparnos de ella, cesaría de existir. Si la obligación es absoluta, también es inmutable y universal. Pues si lo que hoy debe ser mañana pudiera no deber serlo, si lo que es obligatorio para mí puede no ser obligatorio para ti, la obligación diferiría de sí mismo, y sería variable y contingente. Este hecho es el principio de toda moralidad. Y por ello todo acto contrario a derecho y justicia merece ser reprimido por la fuerza, y castigado cuando sea cometido. Pues todo hombre reconoce de forma natural la distinción entre justicia e injusticia, lo honesto y lo deshonesto; y siente, sin que se lo enseñen, que aunque no haya ley escrita, está mal que el vicio sea recompensado o no castigado, o que la virtud sea perseguida o ignorada. Y siendo Dios infinitamente justo y bueno, se sigue necesaria e inflexiblemente que el castigo es el resultado del pecado, su corolario inevitable y natural, y no una venganza arbitraria.

**P:** ¿Cuál es la séptima gran Verdad de la Masonería?

**R:** Que la inmutable ley de Dios exige que, además de respetar escrupulosamente los derechos de los otros y ser justos, debemos ser buenos y caritativos, y obedecer el dictado de los generosos y nobles sentimientos del alma. La caridad es una ley, pues nuestra alma no está satisfecha ni cómoda si no hemos aliviado al pobre, al que sufre y al afligido. La caridad consiste en dar aquello que aquel a quien das no tiene derecho a cogerte o pedirte. Ser caritativo es una obligación. Somos los Limosneros del tesoro de Dios. Pero la obligación no es tan precisa e inflexible como la obligación de ser justo. La caridad no conoce regla ni límite. Está más allá de cualquier obligación. Su libertad es su belleza. «Aquel que no ama no conoce a Dios; pues Dios es Amor. Si nos amamos los unos a los otros, Dios mora en nosotros, y Su amor es

perfeccionado en nosotros. Dios es amor, y aquel que mora en el amor, vive en Dios, y Dios en él». Ser amable y fraternalmente afectuoso con el Hermano; socorrer la necesidad del desposeído y ser generoso, liberal y hospitalario; no devolver a ningún hombre mal por mal; alegrarse ante la buena fortuna de otros y simpatizar con ellos en sus adversidades y pesares; vivir pacíficamente con todos los hombres, y pagar las ofensas con amabilidad y generosidad, estos son los sublimes dictados de la Ley Moral, enseñada por la Masonería desde el amanecer de los tiempos.

**P:** ¿Cuál es la octava gran Verdad de la Masonería?

**R:** Que las leyes que controlan y regulan el Universo de Dios son las del movimiento y la armonía. Vemos únicamente los sucesos aislados, y con nuestra débil y limitada capacidad y visión no podemos discernir su conexión, ni tampoco los poderosos acordes que hacen armonía a partir de la discordancia aparente. El mal es únicamente aparente, y en realidad todo es bueno y perfecto. Pues el dolor y el desconsuelo, la persecución y las tribulaciones, la aflicción y la pobreza, la enfermedad y la muerte no son sino los medios a través de los cuales se desarrollan las más nobles virtudes. Sin ellos, sin el pecado y el error, el mal y las atrocidades, dado que no puede haber efecto sin causa, no podría haber ni paciencia ante el sufrimiento y las penurias; ni prudencia ante la dificultad; ni templanza para evitar el exceso; ni valentía ante el peligro; ni verdad, cuando hablar la verdad es arriesgado; ni amor, cuando es recompensado con la ingratitud; ni caridad para el necesitado y el desposeído; ni perdón de las ofensas; ni tolerancia ante las opiniones erróneas; ni caridad en la justicia ni comprensión ante las motivaciones de las acciones de los hombres; ni patriotismo, ni heroísmo, ni honor, ni autonegación, ni generosidad. Estas y muchas otras virtudes y excelencias no existirían, e incluso sus nombres serían desconocidos. Y las pobres virtudes que aún existiesen, a duras penas merecerían ese nombre. Pues la vida sería plana, anodina, muerta, unerial sobre el que ninguno de los elevados elementos de la naturaleza humana sobresaldría. Y el hombre yacería en la indolencia y el ocio, en lugar de ser un bravo soldado militando contra las sombrías legiones del Mal y las ásperas dificultades.

**P:** ¿Cuál es la novena gran Verdad de la Masonería?

**R:** La gran enseñanza principal de este Grado: que la Justicia, la Sabiduría y la Piedad de Dios son igualmente infinitas, pese a lo cual no entran en conflicto unas con otras, sino que forman una gran y perfecta Trinidad de atributos, trina pero aun así una. Que, siendo absoluto el principio de mérito y demérito, y mereciendo toda buena acción su recompensa, y toda mala acción su castigo, y siendo Dios justo porque es bueno; y a pesar de todas las situaciones recurrentes en este mundo en que el crimen, la crueldad, la opresión, la tiranía

y la injusticia prosperan y son afortunadas y celebradas, y gobiernan y reinan, y disfrutan de las bendiciones de la beneficencia de Dios, al tiempo que los virtuosos y puros son desgraciados, y padecen infortunio y miseria, o son arrojados a las mazmorras donde perecen de frío y hambre, o son esclavos de la opresión e instrumentos y víctimas de los descreídos que gobiernan, de no haber otro mundo más allá de este, esta tierra no sería más que un gran teatro de error e injusticia, lo que demostraría que Dios incumple por completo Sus propias y necesarias leyes de mérito y demérito. De lo que se deduce que debe haber otra vida en la que todas estas injusticias sean reparadas.

Grado también enseña que las potencias del alma humana tienden al infinito, y que su indómito instinto de inmortalidad, así como la esperanza universal en otra vida, testificada por todos los credos, poetas y tradiciones, da fe de ella. Pues el hombre no es un huérfano, sino que tiene un Padre próximo y cercano. Y llegará un día en que la Luz y la Verdad, y la Justicia y el Bien resultarán victoriosos, y la Oscuridad, el Error y el Mal serán aniquilados para no ser jamás recordados. Y también enseña que el Universo es una gran Armonía en la cual, según la fe de todas las naciones, la Luz prevalecerá sobre la Oscuridad y el Principio del Bien sobre el del Mal. Y las miríadas de almas que emanaron de la Divinidad, una vez purificadas y ennoblecidas por la lucha aquí abajo, retornarán a la dicha absoluta en el seno de Dios, llegado el día en que ya no sea posible ofender Sus Leyes.

**P:** ¿Cuál es, pues, la lección grande y una que se nos enseña, como Masones, en este Grado?

**R:** Que todos los hombres buenos tienden a ese estado y reino de Luz, Verdad y Perfección, que es absolutamente cierto. Y que si hay una ley a la que todos estamos sujetos que implica que nuestros cuerpos físicos estén inexorablemente condenados a la oscuridad y el polvo, hay otra no menos cierta ni menos poderosa que conduce nuestros espíritus al estado de Felicidad y Esplendor y Perfección en el seno de Dios Padre. Las ruedas de la naturaleza no están hechas para girar hacia atrás. Todo empuja hacia la Eternidad. Desde el origen de los tiempos ha existido una impetuosa corriente que arrastra a todos los hijos de los hombres hacia ese océano interminable. Mientras tanto, el Cielo atrae hacia sí a todo aquello que es de su misma naturaleza, enriqueciéndose con lo que obtiene de la Tierra, y recogiendo en su seno a todo aquello que es puro, permanente y divino, no dejando nada por consumir al último fuego excepto la bruta materia que crea concupiscencia; mientras que todo lo digno de alcanzar esa buena fortuna será seleccionado y recogido de entre las ruinas del mundo para adornar esa Ciudad Eterna, cada Masón obedezca la voz que le llama hacia allí. Busquemos las cosas del cielo, y no nos contentemos con un mundo que debe pronto perecer y que

abandonaremos rápidamente, mientras descuidamos nuestra preparación para la morada en la que estamos invitados a habitar para siempre. Mientras todo en nosotros y alrededor de nosotros nos recuerda la cercanía de la muerte, y nos muestra que este no es nuestro reposo, apresurémonos a prepararnos para el otro mundo, e imploremos con la mayor devoción el auxilio y la fuerza de nuestro Padre, el Único que puede poner fin a esa guerra aciaga que nuestros deseos han llevado a cabo contra nuestro destino. Cuando estos se muevan en la misma dirección, y cuando lo que Dios dispone como inexcusable se haya convertido en nuestra propia elección, todo será nuestro. La vida habrá sido despojada de su vanidad, y la muerte desarmada de sus terrores.

**P:** ¿Cuáles son los símbolos de purificación necesarios para hacernos Masones perfectos?

**R:** El Lavatorio con agua pura, o Bautismo, pues purificar el cuerpo es símbolo de purificar el alma, y conduce a la salud corporal, del mismo modo que la virtud es la salud del alma, como el vicio y el pecado son su enfermedad y padecimiento. ncción o el Óleo, porque de este modo somos apartados y dedicados al servicio y sacerdocio de lo Bello, lo Verdadero y lo Bueno. Vestiduras Blancas, emblemas de candor, pureza y verdad.

**P:** ¿Cuál es para nosotros el símbolo principal de la Redención y regeneración final del hombre?

**R:** La cena fraternal, compuesta del pan que alimenta y del vino que refresca y llena de estimulante júbilo, que representa el tiempo por llegar, cuando toda la Humanidad sea una gran y armoniosa hermandad. Y este Grado nos proporciona también las siguientes grandes enseñanzas: que si tenemos en cuenta que la materia siempre se encuentra en cambio, pero que ni un solo átomo es destruido, no es racional suponer que el alma, mucho más noble, no continuará existiendo más allá de la tumba. Y que muchos miles que han muerto antes que nosotros pueden reclamar ser los propietarios mancomunados, junto con nosotros mismos, de las partículas que componen nuestros cuerpos mortales; pues la materia siempre forma nuevas combinaciones, y los cuerpos de los antiguos muertos, los patriarcas de antes y después del Diluvio, los reyes y los comunes de todas las épocas, regresaron al polvo y se dispersaron por el viento hacia todos los continentes, creando nuevos lazos de simpatía y hermandad entre todos los hombres vivientes y entre sus razas. Y esto, a través del pan que comeremos y el vino que beberemos esta noche, podrá penetrar en nosotros, pasando a formar parte de nuestro cuerpo las mismas partículas de materia que antaño formaron parte de los cuerpos de Moisés, Confucio, Platón, Sócrates o Jesús de Nazaret.

En el sentido más real, nos comemos y nos bebemos los cuerpos de los muertos; y no podemos decir que haya un único átomo de nuestra sangre o de

nuestro cuerpo cuya propiedad no pueda venir a disputárnosla alguna otra alma. Y este Grado también nos muestra la infinita beneficencia de Dios, que nos otorga momentos de siembra y de cosecha, cada una en su temporada, y hace caer Su lluvia sobre nosotros y hace brillar Su sol sobre nosotros, concediéndonos, sin que nosotros lo exijamos, Sus innumerables bendiciones sin pedir nada a cambio. Pues no hay ángeles situados en las atalayas de la creación que llamen al mundo a la oración y el sacrificio. Pero Él otorga Sus dones en silencio, como un buen amigo que llega por la noche y, dejando sus ofrendas en la puerta para que nosotros las encontremos por la mañana, parte discretamente y no pide que le den las gracias, ni cesa de ayudarnos si nos mostramos ingratos.

Y por ello el pan y el vino nos enseñan que nuestro cuerpo mortal no es nuestro propio yo, sino únicamente la casa en que vivimos, o los andrajos que nos revisten. Sólo el Alma es el Yo, el Centro, emanación idéntica e inmutable de la Deidad, que retornará a Dios para ser por siempre feliz a su debido tiempo; mientras que nuestros cuerpos mortales se disuelven y regresan a la tierra de la que surgió, yendo y viniendo en una génesis perpetua. Para nuestros hermanos hebreos, esta cena representa el Pesaj. Para el masón cristiano, evoca la Santa Cena compartida por Cristo y sus discípulos cuando, al celebrar la Pascua Judía, les dijo: «Tomad y comer, pues esto es Mi cuerpo». Y pasándoles la copa, dijo: «Tomad y bebed, pues esta es Mi Sangre del Nuevo Testamento, derramada por muchos para el perdón de los pecados», simbolizando de este modo la perfecta armonía y unión entre Él mismo y los creyentes, así como Su muerte en la Cruz por la salvación del hombre».

La historia de la Masonería es la historia de la Filosofía. Los masones no pretenden erigirse en instructores de la raza humana. Pero, aunque los Misterios vieron su nacimiento en Asia, y Asia los preservó, es la Masonería quien, en Europa y América, ha proporcionado regularidad, espíritu y acción a sus doctrinas, y ha desarrollado las ventajas morales que la humanidad puede obtener de ellos. Siendo más consistente, y más sencilla en sus procedimientos, ha puesto fin al vasto panteón alegórico de mitologías antiguas, convirtiéndose en ciencia.

Nadie puede negar que Cristo impartió una elevada moral. «Amaos los unos a los otros; perdonar a aquellos que os maltratan y persiguen sin piedad. Sed puros de corazón, mansos, humildes, modestos. No ansiéis las riquezas de la Tierra, sino las del Cielo. Someteos a los poderes que se hallen legítimamente sobre vosotros. Sed como estos niños, o no podréis ser salvos, pues de ellos es el Reino de los Cielos.



Perdonad al que se arrepiente, y no arrojéis piedra alguna al pecador, pues no estáis libres de pecado. Haced a los otros lo que desearíais que los otros os hiciesen». Tales, y no abstrusas cuestiones teológicas, eran sus sencillas y sublimes enseñanzas.

Los primeros cristianos siguieron Sus pasos. Los primeros predicadores de la fe no tenían afán de dominación. Animados enteramente por Su precepto de que el primero debería ser el que sirviese con más devoción, eran humildes, modestos y caritativos, siendo conscientes de cómo comunicar este espíritu del hombre interior a las iglesias bajo su dirección. Estas iglesias no eran al principio más que reuniones espontáneas de todos los cristianos que habitaban en la misma localidad. Una moralidad severa y pura, mezclada con entusiasmo religioso, era la característica principal, que despertaba admiración incluso entre sus perseguidores. Todo era en común entre ellos: sus propiedades, sus alegrías y sus pesares. En el silencio de la noche se reunían para la catequesis y orar juntos. Sus ágapes o cenas fraternas concluían estas reuniones, en las que toda diferencia de posición social o rango quedaba difuminada en presencia de la Divinidad paternal. Su único objeto era hacer mejores a los hombres, aproximándoles a un culto sencillo del que la moralidad universal era la base, así como oponerse a los numerosos y crueles sacrificios que por doquier inundaban de sangre los altares de los dioses. Así reformó el mundo el Cristianismo, que seguía realmente las enseñanzas de su fundador. Concedió a la mujer su propio rango e influencia, reguló la vida doméstica y, admitiendo a los esclavos en los ágapes, paulatinamente los elevó sobre la opresión en que esa mitad de la humanidad había estado sumida durante eras. Esta era la verdadera y primera religión, tal como fue enseñada por el Mismo Cristo, y tal y como fue comunicada por Dios a los Patriarcas. No era una religión nueva, sino la repetición de la más antigua de todas; y su moralidad verdadera y perfecta es la moral de la Masonería, como lo es de cualquier credo de la antigüedad.

En los primeros días del Cristianismo se celebraba una iniciación como la practicada entre los paganos. Las personas eran únicamente admitidas bajo ciertas condiciones especiales. Para llegar al completo conocimiento de la doctrina debían atravesar tres grados de instrucción. Los iniciados quedaban consecuentemente divididos en tres clases: la primera, los Auditores; la segunda, los Catecúmenos; y la tercera, los Fieles. Los Auditores eran una especie de novicios que eran preparados por medio de ciertas ceremonias y cierta instrucción para recibir los dogmas del Cristianismo. Una parte de estos dogmas se revelaba a los Catecúmenos, que tras unas purificaciones particulares recibían el Bautismo, o la iniciación en la teogénesis (generación divina). Pero en los grandes misterios de esa religión, la Encarnación,

la Natividad, la Pasión y la Resurrección de Cristo, únicamente los Fieles eran iniciados. Estas doctrinas, así como la celebración de los Santos Sacramentos, particularmente la Eucaristía, eran mantenidas en el más profundo secreto. Estos Misterios eran divididos en dos partes: los primeros conformaban la Misa de los Catecúmenos; los segundos, la Misa de los Fieles. La celebración de los Misterios de Mitra era también denominada misa, y las ceremonias empleadas eran las mismas. Allí se encontraban todos los sacramentos de la Iglesia Católica, incluso el soplo de la Confirmación. Los sacerdotes de Mitra prometían a los iniciados liberarse del pecado por medio de la confesión o el bautismo, así como una vida futura de felicidad o pesar. Celebraban la Oblación del Pan, imagen de la Resurrección. También el bautismo de los recién nacidos, la extremaunción y la confesión de los pecados pertenecían a los ritos mitraicos. El candidato era purificado por una especie de bautismo, una marca impresa en su frente, y una ofrenda de pan y agua mientras pronunciaba ciertas palabras misteriosas.

Durante las persecuciones en las primeras etapas del cristianismo, los cristianos se refugiaron en las vastas catacumbas que se extendían por kilómetros en todas direcciones bajo la ciudad de Roma, y a las que incluso se supone origen etrusco. Allí, entre recovecos y laberintos, profundas cavernas, cámaras escondidas, capillas y tumbas, los fugitivos perseguidos encontraron refugio, y también celebraban las ceremonias de los Misterios.

Los basilideanos, secta cristiana que surgió al poco de finalizar la etapa de los apóstoles, practicaban los Misterios según la antigua leyenda egipcia. Simbolizaban a Osiris en el Sol, a Isis en la Luna, y a Tifón en Escorpio. Y portaban cristales con estos emblemas como amuletos o talismanes para protegerles de los peligros; amuletos sobre los que también figuraba una estrella brillante y la serpiente, elementos que fueron copiados de los talismanes de Persia y Arabia, y que eran entregados a todos los candidatos en su iniciación.

Ireneo nos dice que los Simonianos, una de las principales sectas gnósticas, tenían un Sacerdocio de los Misterios.

Tertuliano nos dice que los Valentinianos, la más celebrada de todas las escuelas gnósticas, imitó, o más bien pervirtió, los Misterios de Eleusis. Ireneo nos narra, en una serie de curiosos capítulos, los Misterios practicados por los marcosianos. Y Orígenes nos ofrece gran cantidad de información acerca de los Misterios Ofitas. Y no hay duda de que todas las sectas gnósticas tenían Misterios e Iniciación. Todas afirmaban poseer una doctrina secreta que les llegaba directamente

de Jesucristo, una doctrina distinta a la de los Evangelios y Epístolas, y superior a estas enseñanzas que, a sus ojos, eran meramente exotéricas. No comunicaban esta doctrina secreta a todos; y entre la numerosa secta de los basilideanos, a duras penas uno de cada mil la conocía, tal y como sabemos por Ireneo. Únicamente conocemos la denominación de la clase más alta de sus iniciados, que eran llamados Elegidos o Élus (Εκλεκτοί) y Extraños al Mundo (ξένοι ἐν κόσμῳ). Tenían al menos tres Grados: el Material, el Intelectual y el Espiritual, y Misterios Mayores y Menores, siendo el número de adeptos que alcanzaban el más alto grado sumamente reducido.

El Bautismo era una de sus más importantes ceremonias; y los basilideanos celebraban el 10 de Enero como aniversario del día en que Cristo fue bautizado en el Jordán. Tenían la ceremonia de imposición de manos como método de purificación; y también la del banquete místico, emblema de aquel en el que la Sabiduría Celestial algún día les admitiría, en la plenitud de las cosas o Pleroma (Πλήρωμα). Sus ceremonias eran bastante más parecidas a las de los cristianos que a las de los griegos, aunque llevaban a cabo un particular sincretismo con elementos orientales y egipcios, de forma que impartían las verdades primitivas mezcladas con un sinnúmero de errores fantásticos y ficciones. La disciplina del secreto consistía en la ocultación (occultatio) de ciertos principios y ceremonias. Así lo afirma Clemente de Alejandría.

Para evitar la persecución, los primeros cristianos se vieron obligados a tomar grandes precauciones, y a celebrar las reuniones de los Fieles (de la Casa de los Fieles) en lugares privados, protegidos por la discreción y el secreto. Se reunían por la noche, guardándose de la intrusión de falsos hermanos y profanos, posibles espías que podrían provocar su arresto. Conversaban entre ellos de forma figurada y empleando símbolos, so pena de que los profanos y fisgones pudiesen escuchar lo que no debían. Y existía entre ellos una clase, u orden, favorecido, que eran iniciados en ciertos misterios que juraban solemnemente no revelar, ni tratar con nadie que no los hubiese recibido con las mismas condiciones de discreción. Se llamaban Hermanos, Fieles, Expertos de los Misterios, Superintendentes, Devotos del Secreto, y Arquitectos.

En la Jerarquía, atribuida a San Dionisio el Areopagita, primer Obispo de Atenas, se dice que la tradición del sacramento ha sido dividida en tres grados: purificación, iniciación y perfección, y menciona como parte de la ceremonia el traer a la vista. Las Constituciones Apostólicas, atribuidas a Clemente, Obispo de Roma, describen la iglesia primitiva, afirmando:

«Estas regulaciones no deben ser comunicadas a cualquier clase de persona, sino con gran cautela, debido a los Misterios contenidos en ellas». Mencionan el deber del diácono de guardar las puertas, de forma que ningún profano pueda entrar a la población. Los ostiarii, o porteros, mantenían guardia, notificando la hora de la oración y de las asambleas eclesiales. Y también, por medio de señales discretas, en tiempos de persecución, informaban a los adeptos de cómo evitar el peligro. Los Misterios estaban abiertos únicamente a los Fieles o Fideles, no siendo permitidos espectadores en la Comunión.

Tertuliano, que murió en torno a 216, dice en su Apología: «Nadie era admitido a los Misterios sin un juramento de secreto. Apelábamos a los Misterios tracios o eleusinos, y éramos especialmente minuciosos en esto, pues en caso de incumplir el juramento, no solamente provocarían al Cielo, sino que atraerían sobre sí la reprobación de sus semejantes con el mayor rigor. Y de este modo los extraños no podrían traicionarnos, pues no sabrían nada más que a través de terceras personas y habladurías».

Clemente, Obispo de Alejandría, nacido hacia 191, comenta en su Stromata que no puede explicar los Misterios, pues de ese modo, y conforme a un antiguo proverbio, estaría poniendo una espada en las manos de un niño. Compara con frecuencia la disciplina del secreto con los misterios paganos y su sabiduría interna y recóndita. Siempre que los primeros cristianos se hallaban en compañía de extraños, o más exactamente dicho, de profanos, nunca hablaban de sus sacramentos, sino que indicaban a los demás lo que querían decir por medio de símbolos y contraseñas, de forma disimulada, como si la comunicación fuese mente con mente, y a través de enigmas.

Orígenes, nacido en 134 o 135, respondiendo a Celso, que habíanegado que los cristianos tuviesen una doctrina secreta, escribió: «Aunque las doctrinas y principios esenciales del Cristianismo sean enseñados abiertamente, es necedad negar que haya otras cosas que sean recónditas; pues la enseñanza cristiana comparte esto con aquellos filósofos cuyas enseñanzas eran en unos aspectos exotéricos y en otros esotéricos, como era el caso de algunos discípulos de Pitágoras».

La fórmula que la Iglesia primitiva pronunciaba en el momento de celebrar sus Misterios era:

*«¡Salid, profanos! ¡Que los catecúmenos, y aquellos que no han sido admitidos o iniciados, se ausenten!».*

Arquelao, Obispo de Cascara, (Mesopotamia), que en 278 mantuvo una controversia con los maniqueos, dijo: «La Iglesia confiere estos Misterios a aquellos que han pasado por el grado introductorio. No son explicados a los gentiles en ningún caso, ni tampoco a los catecúmenos; sino que nos referimos a ellos en palabras disfrazadas, de forma que el Fiel (Πιστοί), que está en posesión del lenguaje, puede estar mejor informado, y aquellos que no están familiarizados con él no sufran desventaja».

Cirilo, Obispo de Jerusalén, nació en 315 y murió en 386. En su Catequesis dice: «El Señor habló en parábolas a los que le seguían, pero a Sus discípulos les explicó en privado las parábolas y alegorías que narraba en público. El esplendor de la gloria es para aquellos que son iluminados con prontitud; la oscuridad y las tinieblas son para aquellos que son incrédulos e ignorantes. De este modo la Iglesia descubre sus Misterios a los que han avanzado más allá del grado de catecúmenos, mientras emplea términos oscuros con los demás».

San Basilio, el gran Obispo de Cesárea, nacido en 330 y que murió en 379, dice: «Recibimos los dogmas que nos han sido transmitidos por escrito, y aquellos que nos han llegado de los Apóstoles velados en el misterio de la tradición oral. Pues hay cosas que nos han sido legadas sin ser escritas, so pena de que el vulgo, una vez familiarizado con nuestros dogmas, perdiese el respeto que se les debe. Esto es lo que no se permite contemplar al no iniciado, y por ello no sería conveniente ponerlo por escrito y hacerlo circular entre la plebe».

San Gregorio Nacianceno, Obispo de Constantinopla en 379, dice: «Habéis escuchado tanto de los Misterios como nos es permitido hablar abiertamente a los oídos de todos; pero el resto os será comunicado en privado, y eso es lo que debéis guardar en vuestro interior (...) Nuestros Misterios no deben ser conocidos por los extraños».

San Ambrosio, Arzobispo de Milán nacido en 340 y fallecido en 393, afirma en su trabajo *De Mysteriis*:

*«Todo Misterio debe ser mantenido en secreto, guardado por un fiel silencio, so pena de que sea divulgado de forma poco considerada a los oídos profanos (...) No está dado a todos el contemplar las profundidades de nuestros Misterios (...) de forma que no pueden ser vistos por aquellos que no deban conocerlos». Y en otro texto afirma: «Peca contra Dios aquel que divulga al indigno los Misterios que le han sido confiados. El peligro no consiste únicamente en violar la verdad, sino en decirla o dar*

*indicaciones de ello a aquellos para los que debería estar velada. ¡Guardaos de arrojar perlas a los cerdos! Todo Misterio debería ser mantenido en secreto y, en cierta manera, quedar cubierto por el silencio, para que no sea divulgado precipitadamente a los oídos de los profanos. ¡Guárdate de revelar imprudentemente los Misterios!».*

San Agustín, Obispo de Hipona nacido en 347 y fallecido en 430, afirma en uno de sus discursos:

*«Una vez que hemos hecho salir a los catecúmenos, os hemos retenido únicamente a vosotros como nuestros oyentes; porque, aparte de las cosas que pertenecen a todos los cristianos en común, ahora vamos a hablaros de los sublimes Misterios, cosa que a nadie le está permitido escuchar, salvo a aquellos que, por privilegio del Maestro, han sido hechos partícipes de ellos. (...) Enseñarlos abiertamente habría sido traicionarlos». Y hace referencia al Arca de la Alianza, de la que afirma que representaba un Misterio o Secreto de Dios, cubierto por el querubín de gloria y honrado al ser velado.*

*San Crisóstomo y San Agustín citan la Iniciación más de quince veces. San Ambrosio escribe para aquellos que han sido iniciados; y la iniciación no era únicamente el bautismo o la admisión a la iglesia, sino que se refería a la iniciación en los Misterios. Para los bautizados e iniciados los Misterios de la religión quedaban desvelados. Pero eran mantenidos en secreto para los catecúmenos, a los que se permitía escuchar las Escrituras leídas y las enseñanzas habituales, pero no tratar de los Misterios, que quedaban reservados para los Fieles. Cuando los servicios y las oraciones finalizaban, los catecúmenos y espectadores se retiraban.*

*Crisóstomo, Obispo de Constantinopla nacido en 354 y muerto en 417, afirma: «Desearía hablar abiertamente, pero no me atrevo, habida cuenta de la presencia de aquellos que no han sido iniciados. Por ello hablaré con términos ocultos, expresándome de forma vaga y oscura. (...) Donde los sagrados Misterios son celebrados, expulsamos a todo aquel que no ha sido iniciado, tras lo cual cerramos las puertas». Crisóstomo menciona las aclamaciones de los iniciados, «sobre las cuales», dice, «paso en silencio; pues es prohibido revelar tales cosas al profano». Paladio, en su Vida de Crisóstomo, registra el gran ultraje protagonizado*

*por un tumulto que, habiendo sido excitado contra Crisóstomo por sus enemigos, entró por la fuerza en el penetralia, lugar vedado para los no iniciados; circunstancia que el propio Crisóstomo menciona en su epístola al Papa Inocencio.*

*San Cirilo de Alejandría, que fue consagrado obispo en 412, muriendo en 444, cita en su séptimo libro contra Juliano: «Estos Misterios son tan profundos y tan exaltados que únicamente pueden ser comprendidos por aquellos que han sido iluminados. Por ello no pretenderé hablar de lo que hay tan admirable en ellos, pues si lo mostrase a los no iniciados ofendería al mandamiento de no dar lo que es sagrado al impuro, ni arrojar perlas a quien no es capaz de estimar su valor. Diría mucho más, de no ser por el temor a ser escuchado por los no iniciados, pues los hombres siempre están dispuestos a burlarse de lo que no comprenden. Y el ignorante, inconsciente de la debilidad de su mente, condena lo que debería venerar».*

Teodoreto, Obispo de Cirópolis, en Siria, nacido en 393 y consagrado obispo en 420. En uno de sus tres diálogos, denominado El Inmutable, presenta a Ortodoxo, hablando de esta manera: «Respóndeme, si te place, en términos místicos u oscuros, pues quizá haya presentes algunas personas que no hayan sido iniciadas en los Misterios». Y en su prefacio a Ezequiel, en el que hace remontar la disciplina secreta al comienzo de la Era Cristiana, afirma: «Estos Misterios son tan augustos que deberíamos guardarlos con la mayor cautela». Minucio Félix, eminente jurista de Roma que vivió en 212 y escribió una apología del Cristianismo, dice:

*«Muchos de los cristianos se reconocen por toques y signos (notis et insignibus) y forman amistad con el otro aun antes de conocerse».*

La palabra latina tessera significaba originalmente un trozo cuadrado de madera o piedra, empleada en la confección de pavimentos teselados; posteriormente adoptó la acepción de una tablilla sobre la que se escribía un texto, y posteriormente un cubo o dado. Su uso más general era para designar un trozo de metal o madera, de forma cuadrada, sobre la que se escribía la palabra de pase de un ejército, con lo que la palabra tessera ha terminado significando la palabra de pase misma. Existía también una tessera hospitalis, una pieza de madera cortada en dos partes como juramento de amistad. Cada uno de los amigos mantenía una de las partes, y se juraban fidelidad mutua ante Júpiter. Romper la tesela se consideraba como la disolución de la amistad. Los primeros cristianos la empleaban como Marca,

la contraseña de la amistad, aunque entre ellos tenía forma de pez y estaba hecha de hueso. Sobre su anverso se inscribía la palabra Ἰχθῦς, pescado, cuyas iniciales eran acrónimo de las palabras griegas Ἰησοῦς Χριστὸς Θεοῦ Υἱὸς Σωτῆρ, Jesús Cristo, Hijo de Dios, el Salvador.

San Agustín, en de Fide et Symbolis dice: «Esta es la fe que se ofrece a los novicios en pocas palabras, para que sea guardada como símbolo. Estas pocas palabras son conocidas por todos los Fieles: para que creyendo sean sumisos ante Dios, y siendo así dóciles, puedan vivir correctamente; y viviendo correctamente puedan purificar sus corazones, y con un corazón puro puedan comprender aquello en lo que creen».

Máximo Taurino escribe:

*«La tesela es símbolo y signo por el que se distingue al creyente del profano».*

Hay tres Grados en la Masonería Simbólica. Había tres Grandes Maestros, dos reyes y Khir- Om, el artífice. Hay tres Oficiales principales en la Logia, Tres Luces en el Altar, tres puertas del Templo, en Oriente, Occidente y Mediodía. Las Tres Luces representan al Sol, la Luna y Mercurio; Osiris, Isis y Horus; el Padre, la Madre y el Hijo; Sabiduría, Fuerza y Belleza; Jojmá, Biná y Daath; Gedulá, Geburá y Tiferet. El candidato realiza tres viajes por la Logia. Tres eran los asesinos de Khir- Om, que fue asesinado por tres golpes mientras intentaba escapar por las tres puertas del Templo. Tres fueron los intentos por sacarlos de su tumba. Hay tres divisiones del Templo, con tres cinco y siete peldaños. Un Maestro trabaja con tiza, carbón y un recipiente de arcilla. Tres son las Joyas Móviles e Inmóviles. El Triángulo aparece entre los símbolos masónicos. Las dos líneas paralelas que encierran el círculo están conectadas en la parte superior, como lo están las Columnas Jakin y Boaz, que simbolizan el equilibrio que explica los grandes Misterios de la Naturaleza. Esta continua repetición del número tres no es accidental, y no está exenta de un profundo significado. La encontramos también en todas las filosofías antiguas.

Los dioses egipcios formaban tríadas en las que el tercer miembro procedía de los otros dos. De esta forma tenemos la Tríada de Tebas, Amón, Mut y Jonsu; la de Filae, Osiris, Isis y Horus; la de Elefantina y las Cataratas, Nef, Sate y Anuké. Osiris, Isis y Horus eran el Padre, la Madre y el Hijo, siendo este último la Luz, el Alma del Mundo, el Protógonos o Primer Concebido.



Algunas veces esta tríada era contemplada como Espíritu, o Principio Activo o Generador; Materia, o Principio Pasivo o Capacidad Productiva; y el Universo, que procede de ambos principios. También encontramos en Egipto esta tríada o trinidad: Amón-Ra, el Creador; Osiris- Ra, el Dador del Fruto; y Horus-Ra, Fuente de la Luz, simbolizado por el Sol de Verano, Otoño y Primavera. Pues los egipcios no tenían más que tres estaciones, que se correspondían con las tres puertas del Templo, y según los distintos efectos del Sol sobre estas tres puertas o estaciones, así la Deidad se manifestaba de tres formas.

La Trinidad fenicia constaba de Ulomos, Chusoros y el Huevo del que procedía el Universo.

La Tríada Caldea consistía en Baal (trasunto de la persa Zeruane-Akerene), Oromasdes y Ahrimán. Los principios del bien y del mal fluían de manera semejante del Padre, y por medio de su equilibrio y preponderancia alternativa producían la Armonía. Cada uno regía, alternativamente, durante períodos iguales, hasta el día en que finalmente el Principio del Mal se convierte al Bien.

Los oráculos caldeos y persas de Zaratustra nos ofrecen la tríada de Fuego, Luz y Éter.

Orfeo celebra la Tríada de Fanes, Urano y Cronos. Corry afirma que la Trinidad Órfica consistía en Metis, Fanes y Ericapeo. Acusilao de Argos la hace estar compuesta de Metis, Eros y Éter: Voluntad, Amor y Éter. Ferécides de Siro, de Fuego, Agua y Aire o Espíritu.

Los tres primeros de entre los Ameshas Spentas persas eran Bahmán, el Señor de la Luz; Ardibehest, el Señor del Fuego; y Shariver, Señor del Esplendor. De forma conjunta nos remiten a la Cábala.

Escribe Plutarco: «La naturaleza más sublime y divina consiste en tres: lo Inteligible (es decir, aquello que únicamente existe de momento en el Intelecto, το Νοητος); la Materia (Υλη), y lo que procede de ambos, que los griegos denominaban Cosmos, aunque Platón denomina a lo Inteligible como la Idea, el Ejemplo, el Padre; a la Materia, la Madre, Nodriz, receptáculo y lugar de generación. Y el fruto de ambos era el Vástago y Génesis».

En fragmentos de textos pitagóricos se puede leer: «Por lo tanto, antes de que el Cielo fuese hecho, existían la Idea y la Materia, y Dios, el Demiurgo (elemento activo o artífice) de la anterior. A partir de la Materia creó el mundo, perfecto, único creado, con alma e intelecto, y lo creó Divinidad».

Platón nos ofrece el Pensamiento, el Padre; la Materia primitiva, la Madre; y el Cosmos, el Hijo, fruto de ambos principios. El Cosmos es el Universo dotado de Alma.

Entre los platónicos tardíos, la tríada consistía en Potencia, Intelecto y Espíritu. Filón describe la tríada de Sanchoniaton como Fuego, Luz y Flama, los tres hijos de Genos; pero esta idea es alejandrina, no fenicia.

Aurelio dice que el Demiurgo o Creador es triple, y que los tres Intelectos son los Tres Reyes: Aquel que existe; Aquel que posee; Aquel que contempla. El primero es el que existe por su esencia; el segundo existe en el primero, y contiene o posee en sí mismo el universal de las cosas, todo lo que posteriormente llega a existir. El tercero contempla los universales formados e ideales, otorgándoles una existencia separada. El Tercero existe en el Segundo, y el Segundo en el Primero.

La doctrina trinitaria más antigua es la de los brahmines. La Esencia Suprema y Eterna, denominada Parabrahma, Brahma y Paratma, produjeron el Universo por propia reflexión, y el primero se reveló como Brahm, el Poder Creativo; a continuación como Visnú, o Poder Preservador, y finalmente como Shiva, o Poder Destructor y Renovador. Estos son los tres modos por los que la Esencia Suprema se manifestaba en el Universo material, pero pronto comenzaron a ser considerados como tres deidades distintas. Estas tres deidades se denominaron Trimurti o Tríada.

Los persas recibieron de los indios la doctrina de los tres principios, y la sustituyeron por un sistema dual: un principio de Vida, individualizado en el Sol, y un principio de Muerte, simbolizado por el frío y la oscuridad. Dualidad paralela a la del universo moral, en el que se produce una lucha constante entre la luz y la oscuridad, vida y muerte, plasmada en la leyenda de Ormuz y Ahrimán. Mitra, el reformador, fue deificado tras su muerte, e investido con los atributos del Sol, siendo detallados los distintos fenómenos astronómicos como supuestos acontecimientos de su vida, del mismo modo que los hindúes inventaron la historia de Buda.

La trinidad hindú se convirtió entre etíopes y abisinios en Nef-Amón, Ftah y Neit: el Dios Creador, cuyo emblema era un carnero; la Materia, o barro primitivo, simbolizado por un globo o un huevo; y el Pensamiento, o Luz que contiene el germen de todo. Triple manifestación de un dios único (Athom) considerado en tres aspectos, como poder creador, bien y sabiduría.

Los antiguos etruscos (raza emigrada desde los Alpes Réticos a Italia, de cuya migración han sido descubiertas pruebas y cuyo lenguaje nadie ha conseguido leer

todavía) reconocían únicamente un Dios Supremo; pero tenían imágenes para Sus distintos atributos, así como templos para estas imágenes. Cada ciudad tenía un Templo Nacional dedicado a los tres grandes atributos de Dios: Fuerza, Riqueza y Sabiduría, o Tina, Talna y Minerva. La deidad nacional era siempre una tríada bajo un mismo tejado, y lo mismo sucedía en Egipto, donde únicamente era reconocido un Dios Supremo, aunque fuese adorado como tríada, con nombres distintos en cada hogar. Cada ciudad de Etruria podía tener tantos dioses y puertas y templos como le placiese; pero era obligatorio tener tres puertas sagradas, así como un Templo dedicado a los Atributos Divinos, donde pudiesen ser recibidas las leyes de Thoth.

La única puerta de los tiempos antiguos que queda en Italia sin haber sido destruida es la Porta del Circo en Volterra, y tiene sobre ella las tres cabezas de las tres divinidades nacionales, una sobre la clave de su magnífico arco, y las otras sobre ambos pilares laterales.

Los budistas sostienen que el dios hindú Sakia, que en Ceilán denominan Gautama, en la India más allá del Ganges Somonakodom, y en China Chy-Kia o Fo, estaba constituido por la trinidad (Triratna) de Buda, Drama y Sanga, Inteligencia, Ley y Unión o Armonía.

Los sabeanos chinos representaban a la Deidad Suprema como formada por Chang-Ti, el Soberano Supremo; Tien, los Cielos; y Tao, la Razón Universal Suprema y Principio de Fe. Y el Caos, silencio inmenso y vacío inconmensurable que se movía en círculos a lo largo del espacio ilimitado sin cambio o alteración, al resultar vivificado por el Principio de Verdad, produjo todos los Seres bajo la influencia de Tao, Principio de Fe, quien produjo uno, uno produjo dos, dos produjeron tres, y tres produjeron todo lo que existe.

El Esclavono-Venda tipificaba la Trinidad en las tres cabezas del dios Triglav; y los Pruczi o prusianos en el dios trino Perkún, Pikollos y Potrimpos, las deidades de la Luz y el Trueno, del Infierno y de la Tierra, y sus frutos y animales. Y los escandinavos consideraban la Trinidad compuesta por Odín, Frea y Thor.

En la Cábala, o filosofía tradicional hebrea, la Deidad Infinita, más allá de la comprensión del Intelecto Humano, sin Nombre, Forma o Limitación, se representaba desarrollándose a Sí Misma con el fin de crear, por autolimitación, diez emanaciones, denominadas Sefirot o rayos.

La primera de estas, en el mundo Aziluth, que es el del interior de la Deidad, era Kéter, o la Corona, por la cual entendemos la Voluntad o Potencia Divina. A

continuación, formando un par, Jojmá y Biná, por lo general traducidos como Sabiduría e Inteligencia, y de los cuales el primero representa al Padre, y el segundo a la Madre. Jojmá es el Poder o Energía de la Deidad, por medio de la cual produce dentro de sí la Ideación o Pensamiento; y Biná, la Capacidad pasiva, de la cual, operada por el Poder, fluye la Intelección. Esta Intelección es denominada Daath, y es la Palabra de Platón y los gnósticos; la palabra nunca pronunciada en el interior de la Deidad. Este es el origen de la Trinidad del Padre, la Madre o Espíritu Santo, y el Hijo o Palabra.

Otra trinidad era la compuesta por la cuarta Séfira, Guedula o Jésed, Benignidad o Piedad, también denominada Padre (Aba); la quinta, Gevurá, Severidad o Estricta Justicia, también denominada Madre (Imma); y la sexta, el Hijo o Vástago de ambas, Tiféret, Belleza o Armonía. Dice el Sohar: «Todo acontece conforme al Misterio del Equilibrio», es decir, por el equilibrio de opuestos. Y así, de la Infinita Piedad y la Infinita Justicia, en equilibrio, fluye la perfecta armonía del Universo. El Poder Infinito, que es ilimitado y sin ley, junto con la Infinita Sabiduría, en equilibrio, producen la Belleza o Armonía como fruto, que es el Hijo, o la Palabra pronunciada de Dios. El Poder y la Justicia o Severidad son lo mismo, como lo son la Sabiduría y Piedad o Benignidad en la Infinita Naturaleza Divina.

Según Filón de Alejandría, el Ser Supremo, Luz Primitiva o Arquetipo de Luz, al unirse con la Sabiduría (Σοφία), la Madre de la Creación, forma en Sí Mismo los modelos de todas las cosas, y actúa sobre el Universo por medio de la Palabra (Logos, Λογος), que mora en Dios, y en quien todas Sus potencias y Sus atributos se desarrollan; doctrina que tomó prestada de Platón.

Simón el Mago y sus discípulos enseñaron que el Ser Supremo o Centro de Luz produjo en primer lugar tres parejas de existencias conjuntas (Suzugías, Συζυγίας) que eran origen de todas las cosas: Razón e Inventiva (Nous Noûs y Epinoia Επίνοια); Discurso y Pensamiento (Fone Φωνή y Ennoia Εννοια); Cálculo y Reflexión (Logismos Λογισμὸς y Enthumesis Ενθύμησις); de las cuales la Ennoia o Sabiduría era la primera producida, y Madre de todo lo que existe.

Otros discípulos de Simón, y con ellos la mayoría de los gnósticos, adoptando y modificando la doctrina, enseñaban que el Pleroma (Πλήρωμα), o Plenitud de las Inteligencias Superiores, con el Ser Supremo a la cabeza, estaba compuesto por ocho Eones (Aiones, Αιώνης) de sexos diferentes: Profundidad (Βυθὸς) y Silencio (Σιγή); Espíritu (Πνεῦμα) y Verdad (Αλήθεια); la Palabra (Λογος) y la Vida (Ζωή); el Hombre (Ἄνθρωπος) y la Iglesia (Ἐκκλησία).

Bardesanes, cuya doctrina fue abrazada durante largo tiempo por los cristianos sirios, enseñaba que el Padre Desconocido, feliz en la Plenitud de Su Vida y Perfecciones, primero produjo una Compañera para Sí (Suzugos, Συζυγος), a quien colocó en el Paraíso Celestial y quien se convirtió, por medio de Él, en Madre de Cristo, Hijo del Dios Viviente. Es decir, que el Eterno concibió, en el silencio de Sus decretos, el Pensamiento de revelarse a Sí mismo por medio de un Ser que sería Su imagen o Su Hijo.

También enseñaba que el Hijo era fruto de su Hermana o Esposa, el Espíritu Santo, y ellos produjeron los cuatro Espíritus de los elementos, masculino y femenino: Maio y Jabseho, Nouro y Rucho; a continuación parejas místicas de espíritus, y el Cielo y la Tierra, y todo lo que existe; y finalmente siete espíritus que gobernaban los planetas, doce que gobernaban las constelaciones del Zodíaco, y treinta y seis inteligencias estelares a las que denominaron diáconos. Mientras que el Espíritu Santo (Sofía Ajamoth), que era la Santa Inteligencia y el Alma del mundo psíquico, iba desde el Pleroma al mundo material donde lloraba su degradación, mientras que Cristo, su anterior esposo, venía a él con su Luz Divina y Su Amor, guiándole en su purificación para unirse de nuevo con su primitivo Compañero.

Basíledes, el cristiano gnóstico, enseñaba que había siete emanaciones del Ser Supremo: el Primer Nacido (Protógonos, Πρωτόγονος), Pensamiento (Nous, Νους), la Palabra (Logos, Λόγος), Reflexión (Frónesis, Φρόνησις), Sabiduría (Sofía, Σοφία), Poder (Dinamis, Δυναμικος) y Justicia (Dikaiosune, Δικαιοσύνη).

De estas emanaciones surgían otras sucesivamente, hasta totalizar trescientas sesenta y cinco; las cuales eran Dios manifestado, y componían la Plenitud de las Emanaciones Divinas, o el Dios Abraxas.

De estas Emanaciones, el Pensamiento (o Intelecto, Nous, Νους) se unió por medio del Bautismo en el Jordán con el Hombre Jesús, Sirviente (Diácono, Διάκονος) de la raza humana.

Mas no sufrió con Él, y los discípulos de Basíledes enseñaban que el Nous únicamente se revistió de apariencia de humanidad, y que Simón el Cireneo fue crucificado en Su lugar mientras que Él ascendió a los Cielos.

Basíledes sostenía que, fuera del Dios no revelado, que se halla a la cabeza del mundo de las emanaciones y es exaltado por encima de toda concepción o designación (Ὁ κατονόμαστος, ἄρρητος), evolucionaban siete potencias hipostáticas subsistentes en sí mismas y eternamente activas:

## **PRIMERO:**

### **LAS POTENCIAS INTELECTUALES**

1. Nous (Νοῦς): La Mente
2. Logos (Λόγος): La Razón
3. Frónesis (Φρόνησις): El Pensamiento
4. Sofía (Σοφία): La Sabiduría

## **SEGUNDO:**

### **LA POTENCIA ACTIVA U OPERATIVA**

5. Dinamis (Δυναμῖς): Poder, cumpliendo los propósitos de la Sabiduría

## **TERCERO:**

### **LOS ATRIBUTOS MORALES**

6. Dikaiosune (Δικαιοσύνη): Santidad
7. Irene (Ειρήνη): Tranquilidad Interior

Estas siete Potencias (Dinameis, Δυνάμεις), junto con el Terreno Primario a partir del cual evolucionaron, constituyeron en su esquema el Πρωτη Ὀγδοάς (Prote Ogdoas), o Primer Octavo, la raíz de toda Existencia. A partir de este punto, la vida espiritual procedía a emanar continuamente fuera de sí distintas gradaciones de existencia, siendo cada una la inferior y arquetipo de la inmediatamente superior. Basílides suponía que había 365 de estas regiones o gradaciones, expresadas por la palabra mística Αβραξας (Abraxas).

El Abraxas se interpreta de este modo, siguiendo el modo habitual de interpretar las letras numéricamente: **α, 1 / β, 2 / ρ, 100 / α, 1 / ξ, 60 / α, 1 / ζ, 200 = 365**, que es el total de Emanaciones o Mundos conforme al desarrollo del Ser Supremo.

En el sistema de Basílides, la Luz, la Vida, el Alma y el Bien se oponían a la Oscuridad, la Muerte, la Materia y el Mal a lo largo y ancho de todo el Universo. Conforme a la perspectiva gnóstica, Dios era representado como la fuente original, inmanente e incomprensible de toda perfección; el Abismo insondable (Buthos, βυθος) que —según Valentino— era exaltado por encima de toda posibilidad de designación; de quien, hablando con propiedad, nada puede decirse; el ἀκατονόμαστος de Basílides, el ὄν de Filón. Teniendo en cuenta esta incomprensible Esencia de Dios, una transición inmediata a lo finito es inconcebible. La

Autolimitación es el primer comienzo en la comunicación de vida por parte de Dios, el primer paso de la Deidad oculta hacia la manifestación; y de esto procede todo desarrollo posterior de la Esencia Divina. De este eslabón primario en la cadena de la vida proceden, en primer lugar, las múltiples potencias o atributos inherentes a la Divina Esencia que, hasta que no tuvo lugar esa autocompreensión, se hallaba oculta por completo en el Abismo de Su Esencia. Cada uno de esos atributos presenta la totalidad de la Esencia Divina bajo un aspecto particular; y a cada uno de estos, por lo tanto y en este sentido, puede aplicarse el título de Dios con propiedad. Estas Potencias Divinas que evolucionan por sí mismas hacia la autosubsistencia se convierten inmediatamente después en germen y principio del resto de desarrollos de la vida. La vida contenida en ellas se despliega e individualiza progresivamente, pero de tal modo que los sucesivos grados de evolución de vida se hunden cada vez más profundamente. Los espíritus se debilitan conforme se alejan del primer eslabón en la serie. La primera manifestación era denominada *πρῶτη κατάληψις ἑαυτοῦ* (prote katalepsis heautou) o *πρῶτον καταληπτὸν τοῦ θεοῦ* (proton katalepton tou Theou), que era representada hipostáticamente en un νοῦς o λογος (Nous or Logos).

En la Gnosis alejandrina predominaba la noción platónica de Hule (ὕλη): lo muerto, lo insustancial, el límite que circunscribe por fuera la evolución de la vida en su progresión y avance gradual, por el cual lo Perfecto evoluciona por sí mismo hacia lo menos perfecto. Esta ὕλη está representada bajo diversas imágenes: en una ocasión, como la Oscuridad que existe junto con la Luz; en otra, como el vacío (Kénoma, Kénon, κένωμα, κενὸν) que existe en oposición a la Plenitud (Pleroma, Πλήρωμα) de la Vida Divina; o como la sombra que acompaña la luz; o el agua remansada, inmóvil y oscura. Esta materia, muerta en sí misma, no posee por su propia naturaleza ninguna tendencia inherente; y dado que le es ajena cualquier clase de vida, no cercena la Divinidad en modo alguno. No obstante, conforme las evoluciones de la Vida Divina (las esencias que se desarrollan en la emanación progresiva) se vuelven más débiles, y se encuentran más alejadas del primer eslabón de la serie, y dado que la conexión con el primero es más débil en cada paso sucesivo, sucede que el último paso de la evolución resulta imperfecto y defectuoso, e incapaz de mantener su conexión con la cadena de Vida Divina, y se hunde desde el Mundo de los Eones en el caos de la materia. O expresado de un modo algo diferente, a la manera de las ofitas y de Bardesanes, una gota de la plenitud de la Vida Divina se desprende como una burbuja, adentrándose en el vacío adyacente. Y ante este acontecimiento, la materia inerte, por su contacto y mezcla con el principio vivo, al que deseaba, se vuelve por primera vez animada. Pero al mismo tiempo resulta que

también lo divino, lo vivo, se corrompe por su contacto con la masa caótica. La Existencia ahora se multiplica por sí misma. Y entonces emerge una vida defectuosa y subordinada. Hay una base para un nuevo mundo. Una creación comienza a existir más allá de los confines de la emanación. Pero por otra parte, dado que el principio caótico de la materia ha adquirido vitalidad, surge una oposición activa y más definida contra lo Divino: un poder negativo, ciego e impío, que resiste obstinadamente toda influencia divina. Por ello, como producto del espíritu de ὕλη (del Pneuma Hulikon, πνεῦμα ὕλικον) aparecen Satán, los espíritus malignos y los hombres perversos en los cuales no se encuentra ningún principio moral ni ético, ni principio de deseo racional alguno, sino tan solo ciegas pasiones. En ellos se halla el mismo conflicto, que plantea el esquema platónico, entre el alma guiada por la razón Divina (el Nous, νοῦς) y el alma que se opone ciegamente a la razón: la lucha entre el Principio Divino (Pronoia, πρόνοια) y el Principio Natural (Anaghe, ἀναγή).

La Gnosis siria asumía la existencia de un reino activo y turbulento de maldad, o de oscuridad, que por medio de su invasión del reino de la luz provocaba una mezcla de la luz con la oscuridad, de lo Divino con lo Maligno.

Incluso entre los platónicos alguno pensaba que, junto con la materia desorganizada e inerte, sustrato del mundo corpóreo, existía desde el principio un poder ciego y sin ley, alma maléfica que actuaba como su principio activo y motivo original. Dado que la materia inorgánica se organizaba en un mundo corpóreo por medio del poder plástico de la Deidad, del mismo modo eran comunicados a esa alma turbulenta e irracional la ley y la razón. De este modo el caos del ὕλη quedaba transformado en un mundo organizado, y esa alma irracional se convertía en principio racional, alma terrena que animaba el Universo. Del mismo modo que de esta última procedía toda vida espiritual y racional e la humanidad, de la primera procedía todo lo que es irracional y se halla bajo el ciego dominio de la pasión y el apetito; y todos los espíritus malignos son su progenie.

Todos los gnósticos coincidían en un aspecto: que había un mundo que emanaba de forma pura del desarrollo vital de Dios, creación generada directamente a partir de la Esencia Divina, claramente más sublime que cualquier creación exterior producida por el poder plástico de Dios, condicionada por la materia preexistente. Coincidían en afirmar que el responsable de este bajo mundo no era el Padre de ese elevado mundo de emanación, sino que lo era el Demiurgo (Δεμιουργος), ser de naturaleza análoga a la del Universo configurado y regido por él, y notablemente inferior al mundo más noble y al Padre del mismo. Pero algunos,



a partir de ideas que habían prevalecido largo tiempo entre ciertos judíos de Alejandría, suponían que el Dios Supremo creó y gobernó el mundo por medio de Sus espíritus ministros, por los ángeles. A la cabeza de estos ángeles se hallaba uno que ostentaba la dirección y control de todos, denominado por lo tanto Artífice y Gobernador del Mundo. Comparaban a este Demiurgo con el espíritu plástico, animado y mundano de Platón y los platónicos (el Deuterios Theos, δεύτερος θεός, el Theos Genetos, θεός γενητὸς) que, además, según el Timeo de Platón, pretendía representar la Idea de la Razón Divina, que es temporal y es lo que se está transformando (por contraposición a aquello que es). Este ángel es representante del Dios Supremo en un nivel inferior de existencia: no actúa independientemente, sino tan sólo conforme a las ideas que le son inspiradas por el Dios Supremo; del mismo modo que el alma terrena y plástica de los platónicos creaba todas las cosas según el patrón de las ideas comunicadas por la Razón Suprema (Nous, Νοῦς), el Paradigma (ho estizoon, ὁ ἔστιζων) de la Razón Divina hipostatizado.

Pero estas ideas trascienden su esencia limitada; el Demiurgo no puede alcanzarlas, siendo únicamente su órgano inconsciente; y por lo tanto es incapaz de comprender el ámbito completo y el significado de la labor que desarrolla. Como órgano bajo la guía de una inspiración más elevada, revela verdades más nobles de las que él mismo es capaz de comprender. El grueso de los hebreos no reconoció al ángel por medio del cual, en todas las teofanías del Antiguo Testamento, Dios se reveló a Sí Mismo. No conocían al Demiurgo en su verdadera relación con el Dios Supremo, que nunca se revela a Sí Mismo en el mundo sensible. Confundieron el tipo y el arquetipo, el símbolo y la idea. No se elevaron por encima del Demiurgo hasta un conocimiento del Dios Supremo. Pero los hombres espirituales de entre ellos, por el contrario, percibieron claramente, o al menos intuyeron, las ideas veladas en el judaísmo. Se elevaron por encima del Demiurgo hasta un conocimiento del Dios Supremo; y por lo tanto se convirtieron apropiadamente en Sus adoradores (Therapeutai, θεραπευταί).

Otros gnósticos que no eran seguidores de la religión mosaica pero habían, en un período más temprano, adoptado para sí una gnosis de corte oriental, contemplaban el Demiurgo como un ser absolutamente hostil hacia el Dios Supremo. Él y sus ángeles, no obstante su naturaleza finita, desean establecer su independencia: no tolerarán poder extraño alguno en su dominio. Sea lo que sea de una naturaleza más elevada que descienda a su reino, intentarán apresararlo, so pena de que se eleve por encima de sus estrechos recintos. Probablemente, en este sistema, el reino de los Ángeles Demiúrgicos se correspondía en su mayor parte con el de los

embaucadores Espíritus Estelares, siempre intentando despojar al hombre de su libertad, cautivarlo con artes engañosas y ejercer un imperio tiránico sobre las cosas de este mundo. Igualmente, en el sistema de los sabeos, los siete Espíritus Planetarios y los doce Espíritus Estelares del Zodíaco, que surgieron de una conexión irregular entre el engañado Fetahil y el Espíritu de la Oscuridad, juegan un importante papel en todo lo que es perverso. El Demiurgo queda reducido a un ser limitador, orgulloso, celoso y vengativo; y este su carácter le traiciona a sí mismo en el Antiguo Testamento, el cual — según los gnósticos— procedía de él. Transferían al Demiurgo mismo todo lo que les parecía defectuoso en la idea de Dios, tal y como aparece en el Antiguo Testamento. El ὄλη se revelaba constantemente contra la voluntad del Demiurgo, revolviéndose sin control contra el dominio que el moldeador ejercía sobre él, liberándose del yugo impuesto y destruyendo el trabajo que había comenzado. E imaginaban que veían en la naturaleza a este mismo ser celoso, limitado en su poder, y que reinaba de forma despótica. Intentaba detener la germinación de las semillas divinas que el Dios Supremo de Santidad y Amor, que no tiene conexión de ningún tipo con el mundo sensible, había esparcido entre los hombres. Ese Dios perfecto era, en el mejor de los casos, conocido y adorado en los Misterios por apenas unos pocos hombres espirituales.

El Evangelio de San Juan es en buena parte una diatriba contra los gnósticos, cuyas distintas sectas, para resolver esos grandes problemas, la Creación de un mundo material por un Ser inmaterial, la Caída del Hombre, la Encarnación, la Redención y restauración de los espíritus denominados hombres, admitían una larga serie de inteligencias que intervenían en una serie de maniobras espirituales, y que designaban bajo los nombres de Principio, Palabra, Unigénito, la Vida, la Luz y el Espíritu (en griego Arjé, Logos, Monogenos, Zoe, Phos y Pneuma, Ἀρκή, Λόγος, Μονογενής, Ζωή, Φῶς y Πνευμα). San Juan, al comienzo de su Evangelio, declara que era Jesucristo quien existía en el Principio, que Él era la Palabra de Dios por el que todo fue hecho; que Él era el Unigénito, la Luz y la Vida, y que Él traía entre los hombres el Espíritu Santo, la Vida Divina y la Luz.

El Pleroma (Πλήρωμα), Plenitud, era un término muy manejado entre los gnósticos, y Verdad y Gracia eran los eones gnósticos. Y los simoníacos, docetas y otros gnósticos sostenía que el eón Cristo Jesús nunca fue estuvo realmente, sino únicamente en apariencia, revestido de un cuerpo humano. Pero San Juan replica que la Palabra se hizo realmente carne y habitó entre nosotros; y que en Él eran el Pleroma y la Verdad y la Gracia.

En la doctrina de Valentino, educado como cristiano en Alejandría, Dios era un Ser perfecto, un Abismo (Buthos, Βυθός) que ninguna inteligencia podía sondear, dado que ningún ojo podía alcanzar las alturas inefables e invisibles en que Él, ni mente alguna puede comprender la duración de Su existencia. Siempre ha sido. Es el Padre Primitivo y Principio (Propator, Proarjé, Προπάτωρ, Προαρχή). Siempre será, y no envejece. El desarrollo de Sus perfecciones produce el mundo intelectual. Tras haber pasado infinitas edades en reposo y silencio, Se manifestó por Su Pensamiento, fuente de todas Sus manifestaciones, que recibió de Él el germen de Sus creaciones. Ser de Su Ser, Su Pensamiento (Ennoia, Ἐννοια) es también denominado Charis, Χάρις, Gracia o Gozo, y Silencio (Sige, Σιγή) o lo Inefable (Arreton, Ἄρρητον). Su primera manifestación fue la Inteligencia (Nous, Νους), primero de los eones, comienzo de todas las cosas, primera revelación de la Divinidad, el Unigénito (Monogenos, Μονογενής). A continuación, la Verdad (Aletheia, Ἀλήθεια), su compañera. Sus manifestaciones eran la Palabra (Logos, Λόγος) y la Vida (Zoe, Ζωή), y las de estos, el hombre (Anthropos, Ανθρωπος) y la Iglesia (Ekklesia, Ἐκκλησία). Y las de estos, otras doce, seis de las cuales eran Esperanza, Fe, Caridad, Inteligencia, Felicidad y Sabiduría; o en hebreo, Kesten, Kina, Amfe, Uananim, Taedes, y Ubina. La armonía de los Eones, que luchan por conocer y unirse con el Dios Primitivo, se vio alterada, y para redimirlos y restaurarlos, la Inteligencia (Νοῦς) produjo a Cristo y al Espíritu Santo, Su compañero, quienes restauraron dicha armonía a su estado primigenio de felicidad y armonía; tras lo cual formaron el Eón Jesús, nacido de Virgen, al que el Cristo se unió en el bautismo y el cual, con su compañera Sofía Ajamoth, salvó y redimió el mundo. Los marcosianos enseñaron que la Deidad Suprema produjo por medio de Su palabra el Logos (Λόγος) o Plenitud de Eones. Su primera pronunciación fue una sílaba de cuatro letras, cada una de las cuales se convirtió en un ser. Su segunda pronunciación consistió otra sílaba de cuatro, la tercera en una de diez, y la cuarta de doce: treinta en total, que constituyen el Pleroma (Πλήρωμα).

Los valentinianos, y otros gnósticos, distinguían tres órdenes de existencia:

- 1) Los gérmenes divinos de vida o naturalezas espirituales (Phiseis Pneumatikai, φύσεις πνευματικάι), exaltados en razón de su naturaleza, similar a la Sofía (Σοφία), por encima de la materia, hacia el Alma del Mundo y el Pleroma.
- 2) Las naturalezas originadoras de la vida, separadas de los anteriores por la mezcla con el ὕλη: las naturalezas psíquicas, (Phiseis Psychikai, φύσεις ψυχικάι), con las que comienza un orden de existencia totalmente nuevo,

imagen de ese sistema y esa alma más elevada pero en un grado subordinado.  
Y

- 3) La Naturaleza Maléfica o Hílica, que resiste toda mejora, y cuya tendencia es únicamente destructiva: la naturaleza de la lujuria ciega y la pasión.

La naturaleza de los Pneumatikon (πνευματικὸν), los espirituales, es la relación esencial con Dios (Homousion to Theo, ὁμούσιον τῷ θεῷ). De aquí la vida de Unidad, lo indiviso, lo absolutamente simple (Ousia Heike monooides, οὐσία ἐνικὴ μονοειδής).

La esencia de los Psíquikoi (ψυχικοὶ) es la ruptura hacia la multiplicidad, la pluralidad que, no obstante, está subordinada a una unidad más elevada, por la que se deja guiar, primero inconscientemente, y después conscientemente.

La esencia de los Hilikoi (ὕλικοι), de los que Satán es la cabeza, es la oposición directa a toda unidad: la ruptura y la desunión en estado puro, sin la menor compasión y punto alguno de fusión con la Unidad; deseando siempre romper esa Unidad y extender su inherente desunión al mundo, desestructurando todo. Este principio no tiene capacidad de crear ni fundar nada, sino únicamente de destruir y descomponer.

Marco, discípulo de Valentino, desarrolló en todos sus detalles la idea de un Logos Tou Ontos (Λογος του οντος), una Palabra que manifestaba la Esencia Divina en el ámbito de la Creación (siendo toda la creación, según su punto de vista, una expresión continua del Inefable). El modo en que la vida divina (spermata pneumatika, σπέρματα πνευματικά), que yace encerrada en los eones, se despliega e individualiza de forma constante, es representado como espontáneo análisis de los distintos nombres del Inefable en sus diversos sonidos. Un eco del Pleroma cae en el Hule, y se convierte en una creación nueva e inferior.

Una fórmula del bautismo neumático empleada por los gnósticos rezaba de este modo: «En el Nombre que está oculto en toda Divinidad y Potencia» (del Demiurgo), el Nombre de la Verdad» (Aletheia, Αλήθεια, automanifestación del Buthos), que Jesús de Nazaret puso en las zonas de luz de Cristo, el Cristo Vivo, a través del Espíritu Santo para la redención de los ángeles; el Nombre a través del cual todas las cosas alcanzan la perfección». Entonces el candidato decía: «Soy instituido y redimido; y soy redimido en mi alma terrenal y en todo lo que le pertenece, por el nombre de Yahvé, que redimió el Alma de Jesús por medio del Cristo Vivo». A lo que la asamblea añadía «¡Paz (o Salvación) a todos aquellos sobre los que descansa su nombre!». El joven Dionisos, despedazado por los titanes, según

narran los Misterios Báquicos, era considerado por los maniqueos sencillamente como representación del Alma engullida por los poderes de la oscuridad: esa parte de la esencia luminosa del hombre primigenio de Manes (Protos Anthropos, πρώτος ἄνθρωπος), el Praon Anthropos (πράων ἄνθρωπος) de los Valentinianos, el Adam Kadmón de la Cábala y el Kaiomorse del Zend- Avesta, devorada por los poderes de la Oscuridad; el Alma Mundana, mezclada con la materia (la semilla de Vida Divina caída en la materia, que tenía entonces que sufrir un proceso de purificación y desarrollo).

La Gnosis (Γνωσις) de Carpócrates y su hijo Epífanos consistía en el conocimiento del Supremo Ser Original y Uno, la más elevada unidad, de la que toda existencia ha emanado y a quien toda existencia se esfuerza por retornar. Los espíritus finitos que gobiernan sobre las distintas porciones de la Tierra pretenden contrarrestar esta tendencia universal a la unidad; y de su influencia, sus disposiciones y sus leyes procede todo lo que se opone, turba o limita la comunión original, que es la base de la Naturaleza como manifestación externa de esa sublime Unidad. Estos espíritus, además, pretenden mantener su dominio sobre las almas que, emanando de la más elevada Unidad, y compartiendo todavía su naturaleza, se han precipitado por un descuido al mundo corpóreo y han sido aprisionadas en cuerpos para integrarse, bajo su dominio, en el ciclo de las migraciones. Las religiones populares de las distintas naciones tienen su origen en estos espíritus finitos. Pero las almas que, debido a una reminiscencia de su anterior condición, se elevan hacia arriba buscando la contemplación de esta altísima Unidad, alcanzan tal libertad y perfecto reposo que nada posterior puede turbarles o limitarles, y se alzan por encima de las deidades y religiones populares. Como ejemplo de estas almas citan a Pitágoras, Platón, Aristóteles y Cristo. No hacen distinción entre estos últimos y los hombres buenos y sabios de cualquier otra nación. Enseñaban que cualquier alma que pudiese elevarse a su misma altura de contemplación podría ser considerada como igual a Él.

Las ofitas comenzaban su sistema con un Ser Supremo, desconocido desde tiempo inmemorial por la raza humana, como lo es todavía para la mayor parte de la humanidad: el Buthos (Βυθός) o Profundidad, Fuente de Luz y del Adam Kadmón, el Hombre Primigenio, hecho por el Demiurgo pero perfeccionado por el Dios Supremo por medio de la comunicación a él del Espíritu (Pneuma, Πνεῦμα). La primera emanación fue el Pensamiento de la Deidad Suprema (Ennoia, Ἔννοια) como concepción del Universo en el Pensamiento de Dios. Este Pensamiento, llamado también Silencio (Sigue, Σιγή), produjo el Espíritu (Pneuma, Πνεῦμα),

Madre de lo Viviente y Sabiduría de Dios. Junto con esta Primitiva Existencia también existía la Materia (las Aguas, la Oscuridad, el Abismo y el Caos) de forma eterna, así como el Principio Espiritual. Buthos y Su Pensamiento, al unirse con la Sabiduría, la hicieron fructificar por medio de la Luz Divina, de forma que produjo un ser perfecto, Christos, y otro imperfecto, una Sabiduría segunda e inferior, Sofía-Ajamoth, que, precipitándose en el caos permaneció atrapada en él, debilitándose y perdiendo todo conocimiento de la Sabiduría Superior de la que surgió. Al comunicar movimiento al Caos, produjo Ialdabaoth, el Demiurgo, agente de la Creación Material, tras lo cual ascendió hacia su primer lugar en la escala de la Creación. Ialdabaoth produjo un ángel que era su imagen, y este a su vez un segundo ángel, y así sucesivamente hasta el sexto tras el Demiurgo, siendo los siete reflejos uno del otro, pero aun así diferentes y habitando siete regiones distintivas. Los nombres de los seis así producidos eran Iao, Sabaoth, Adonai, Eloí, Oral y Astafai. Ialdabaoth, para independizarse de su Madre y aspirar al Ser Supremo, creó el mundo, y el hombre a su imagen y semejanza; y su Madre hizo que el Principio Espiritual pasase de ella al hombre así creado. Y en lo sucesivo tuvo lugar en el interior del hombre la lucha entre el Demiurgo y su Madre, entre la luz y la oscuridad, el bien y el mal; y la imagen de Ialdabaoth, reflejada sobre la materia, se convirtió en el Espíritu – Serpiente, Satán, la Inteligencia Maléfica. Eva, creada por Ialdabaoth, tuvo como progenie niños que eran ángeles como ellos mismos. La Luz Espiritual fue retirada del hombre por Sofía, y el mundo se rindió a la influencia del mal; hasta que el Espíritu, urgido por las súplicas de la Sabiduría, indujo al Ser Supremo a enviar a Cristo para redimirlo.

Empujado, a su pesar, por su Madre, Ialdabaoth provocó que el hombre Jesús naciese de una Virgen, y el Salvador Celestial, uniéndose con su hermana, la Sabiduría, descendió a través de las regiones de los siete ángeles, apareciendo en cada una bajo la forma de su jefe, ocultando la suya propia, y entrando finalmente con su Hermana en el Hombre Jesús en el Bautismo del Jordán. Ialdabaoth, percatándose de que Jesús estaba destruyendo su imperio y aboliendo su culto, provocó que los judíos lo odiasen y lo crucificasen; antes de lo cual Cristo y la Sabiduría habían ascendido a las regiones celestiales. Ellos devolvieron a Jesús a la vida y le otorgaron su cuerpo etéreo, en el cual Él permaneció dieciocho meses sobre la tierra. Y recibiendo de la Sabiduría el perfecto conocimiento, la Gnosis, la transmitió a un pequeño número de sus apóstoles, tras lo cual se elevó a la región intermedia habitada por Ialdabaoth donde, sin saberlo él, se sienta a su diestra, quitándole las Almas de Luz purificadas por el Cristo. Cuando nada del mundo

espiritual permanezca sujeto a Ialdabaoth, la redención habrá sido conseguida, y el fin del mundo, la compleción del retorno de la Luz a la Plenitud, tendrá lugar.

Tatiano adoptó la teoría de la Emanación de los Eones, de la existencia de un Dios demasiado sublime como para permitirse ser conocido, pero que se muestra a través de las Inteligencias que surgen de Su seno. La primera de estas era Su Espíritu (Pneuma), Dios Mismo, Dios pensante, Dios concibiendo el Universo. La segunda era la Palabra (Logos), que ya no era únicamente el Pensamiento o Concepción, sino la Pronunciación Creativa, manifestación de la Divinidad, que emanaba del Pensamiento o Espíritu; el Primer Creado, autor de la creación visible. Esta era la Trinidad, compuesta por el Padre, el Espíritu y la Palabra.

Los elchaitas adoptaron los Siete Espíritus de los gnósticos, pero los llamaron Cielo, Agua, Espíritu, los Santos Ángeles de la Oración, Aceite, Sal y Tierra. La opinión de los docetas referente a la naturaleza humana de Jesucristo era la que compartían en general los gnósticos. Consideraban a las inteligencias del Mundo Superior demasiado puras y antagonistas de la materia como para que desearan unirse a ella. Y sostenían que Cristo, una Inteligencia de primer rango, al aparecer sobre la Tierra, no se fundió con la materia, sino que adoptó por encima de sí la apariencia de un cuerpo, o como mucho lo usó como una cubierta.

Pablo de Samosata enseñaba que Jesucristo era el Hijo de José y María; pero que la Palabra, Sabiduría o Inteligencia de Dios, el Nous de los Gnósticos, se había unido con él, de forma que se podía decir que era a un tiempo el Hijo de Dios y Dios mismo.

Arrio denominó al Salvador la primera de las criaturas, no emanada de Dios, sino realmente creada por voluntad directa de Dios antes de todos los tiempos. Según la Iglesia, Cristo era de la misma naturaleza de Dios; pero según algunos disidentes, era de la misma naturaleza del hombre. Arrio adoptó la teoría de una naturaleza análoga a ambos. Cuando Dios resolvió crear la raza humana, hizo a un ser al que llamó la Palabra, el Hijo, Sabiduría (Logos, Uios, Sofía, Λόγος, Υἱὸς, Σοφία), al punto de que este podría dar existencia a los hombres. Esta Palabra es el Ormuz de Zaratustra, el Ain-Soph de la Cábala, el Nous del Platonismo y el Filonismo, y la Sofía o Demiurgo de los gnósticos. Distinguía la Sabiduría Inferior como hija de la Sabiduría Superior, que es en Dios, inherente a Su naturaleza e incapaz de comunicación con ninguna criatura. La segunda, por la que el Hijo fue hecho, se comunicó a sí mismo a Él, y por lo tanto Él Mismo estaba legitimado para ser llamado la Palabra y el Hijo.

Manes, fundador de la secta de los maniqueos, que había vivido y se habían distinguido entre los magos persas, asumió parte de las doctrinas de Scytiano, cabalista o gnóstico judaizante del tiempo de los apóstoles. Y conociendo las doctrinas de Bardesanes y Harmonio, derivó sus doctrinas del zoroastrismo, el cristianismo y el gnosticismo. Proclamaba ser el Parákletos (Παράκλητος) o Confortador, en el sentido de Maestro, órgano de la Deidad, pero no en el sentido de Espíritu Santo; y comenzó su Epistola Fundamenti con estas palabras: «Manes, Apóstol de Jesucristo, elegido del Dios Padre, que contempla las Palabras de Salvación que emanan de la fuente viva y eterna». La idea dominante de su doctrina era el Panteísmo, extraído de sus fuentes en las regiones de la India y en los confines de China: que la causa de todo lo que existe es en Dios; y finalmente, Dios es todo en todo. Todas las almas son iguales. Dios es en todo, en los hombres, animales y plantas. Hay dos Dioses, uno del Bien y otro del Mal, independientes, eternos, cabezas de un Imperio distintivo; y necesariamente, por sus propias naturalezas, hostiles mutuamente. El Dios Maléfico, Satán, es únicamente Genio de la materia. El Dios del Bien es infinitamente Superior, el Dios Verdadero, mientras que el otro no es más que el jefe de todo lo que es enemigo de Dios, debiendo finalmente sucumbir ante Su Poder. Únicamente el Imperio de la Luz es eterno y verdadero; y este Imperio consiste en una gran cadena de Emanaciones, todas conectadas con el Ser Supremo al que hacen manifestarse; todas son Él, bajo diferentes formas, elegidas para un fin, el triunfo del Bien. En cada uno de sus miembros yacen miles de tesoros inefables. Excelente en Su Gloria, incomprendible en Su Grandeza, el Padre ha unido en Sí Mismo esos afortunados y gloriosos Eones (Αἰώνες), cuyo Poder y Número es imposible determinar. Esta es la Infinidad de Infinitos Atributos del Dios de Spinoza. Los Doce Eones Jefes, a la cabeza de todos, eran los Genios de las doce Constelaciones del Zodíaco, llamados por Manes «Olamín». Satán, igualmente, Señor del Imperio de la Oscuridad, tenía un ejército de Eones o Demonios que emanaban de su esencia y reflejaban más o menos su imagen, pero divididos y faltos de armonía entre ellos. Una guerra entre ellos los llevó a los confines del Reino de la Luz. Encandilados, decidieron conquistarlo. Pero el Jefe del Imperio Celestial creó un Poder que ubicó en las fronteras del Cielo para proteger sus Eones y destruir el Imperio del Mal. Esta era la Madre de Vida, el Alma del Mundo, una Emanación del Ser Supremo demasiado pura para un contacto inmediato con la materia. Permanecía en la región más elevada; pero produjo un Hijo, el primer Hombre (Kaiomorte, Adam-Kadmón, Πρῶτος Ἀνθρώπος y Hivil-Zivah, del Zend- Avesta, la Cábala, la Gnosis y el Sabeísmo), que comenzó la pugna entre los Poderes del Mal. Pero al perder parte de su panoplia y de su Luz, así como



a su Hijo y a muchas almas nacidas de la Luz pero que fueron devoradas por la oscuridad, Dios envió en su ayuda al Espíritu vivo, o Hijo del Primer Hombre (Uios Anthropou, Υἱὸς Ἀνθρώπου) o Jesucristo. La Madre de Vida, Principio de Vida Divina, y el primer Hombre, Ser Primitivo que revela la Vida Divina, son demasiado sublimes para tener relación con el Imperio de la Oscuridad. El Hijo del Hombre o Alma del Mundo entran en la Oscuridad, convirtiéndose en su cautivo, para finalizar atemperando y diluyendo su naturaleza salvaje. El Espíritu Divino, tras haber devuelto al Hombre Primitivo a la condición de Hombre de Luz, eleva por encima del mundo a esa parte del Alma Celestial que permanece inafectada al ser mezclada con el Imperio de la Oscuridad. Situada en la región del Sol y la Luna, esta alma pura, el Hijo del Hombre, Redentor o Cristo, trabaja por entregar y atraer hacia Sí esa parte de la Luz o el Alma del Primer Hombre difundida a través de la materia; lo cual una vez conseguido marcará el fin del mundo. Para retener los rayos de Luz que todavía quedaban entre sus Eones, siempre tendientes a escapar y regresar, a base de concentrarlos, el Príncipe de Oscuridad, con el consentimiento de los Eones, hizo a Adán, cuya alma era de Luz Divina aportada por los propios Eones, mientras que su cuerpo era de materia, de forma que pertenecía a ambos Imperios, el de la Luz y el de la Oscuridad. Para impedir que la luz escapase de golpe, los demonios prohibieron a Adán comer del «fruto del bien y del mal», por medio del cual habría conocido el Imperio de la Luz y el de la Oscuridad. Él obedeció. Un Ángel de la Luz le indujo a transgredir, y le dio los medios para la victoria; pero los Demonios crearon a Eva, que le sedujo y arrastró a un acto de sensualidad que lo debilitó, atándolo de nuevo a los lazos de la materia. Esto se repite en el caso de todo hombre que vive. Para liberar el alma, prisionera de la oscuridad, el Principio de Luz, o Genio del Sol, encargado de redimir el Mundo Intelectual, del cual es arquetipo, vino a mostrarse a Sí Mismo entre los hombres. La Luz apareció en la oscuridad, pero la oscuridad no le abarcó, según palabras de San Juan. La Luz no podía unirse con la oscuridad, sino que adoptó la apariencia de un cuerpo humano, y tomó el nombre de Cristo en el Mesías únicamente para acomodarse al lenguaje de los hebreos. La Luz realizó su labor, arrebatando a los judíos de la adoración al Principio del Mal y a los paganos del culto a los demonios. Pero el cabecilla del Imperio de la Oscuridad provocó que fuese crucificado por los judíos. Pero a pesar de ello sufrió únicamente en apariencia, y Su muerte otorgó a todas las almas el símbolo de su derecho. Una vez que desapareció la persona de Jesús, fue vista en Su lugar una cruz de Luz, sobre la que una voz celestial pronunció estas palabras:

*«La Cruz de Luz es llamada la Palabra, Cristo, la Puerta, el Gozo, el Pan, el Sol, la Resurrección, Jesús, el Padre, el Espíritu, la Vida, la Verdad y Gracia».*

Con los priscilianistas había dos principios: uno, la Divinidad; el otro, la Materia Primitiva y la Oscuridad, ambos eternos. Satán es el hijo y señor de la materia, y los ángeles secundarios y demonios, vástagos de la misma. Satán creó y gobierna el mundo visible. Pero el alma del hombre emanó de Dios, y es de la misma sustancia de Dios. Seducida por los espíritus perversos, pasa a través de varios cuerpos hasta que, purificada y reformada, se eleva a Dios, siendo fortificada por Su luz. Estos poderes maléficos mantienen al género humano atado; y para redimir esta atadura, el Salvador, Cristo el Redentor, vino y murió sobre la cruz de expiación, eximiendo así de la obligación contraída. Él, como todas las almas, era de la misma sustancia de Dios, una manifestación de la Divinidad, pero que no formaba una segunda persona. No nacido, como la Divinidad, y nada más que la Divinidad bajo otra forma. No es preciso indagar más en estas divagaciones. Detengámonos en las fronteras del reino de las trescientas sesenta y cinco mil emanaciones de la Luz Primitiva, Fira, o Ferho y Yavar, de los mandaitas; y retornemos de forma contenida al sencillo y sublime credo de la Masonería.

Tales eran algunas de las antiguas nociones concernientes a la Deidad; y poniéndolas en relación con lo que ha sido descrito en los grados precedentes, esta lectura nos ofrece una imagen fiel de las especulaciones antiguas. Desde el principio hasta ahora, aquellos que se han empleado en resolver el misterio de la creación del universo material por medio de una Deidad Inmaterial han interpuesto entre ambos, así como entre Dios y el hombre, diversas manifestaciones o emanaciones, atributos o agentes personificados del Gran Dios Supremo, coexistente con el Tiempo y coextensivo con el Espacio.

La creencia universal de Oriente era que el Ser Supremo no creó ni la Tierra ni el hombre. El fragmento con que comienza el Libro del Génesis, que consiste en el primer capítulo y los tres primeros versos del segundo capítulo, asigna la creación, o más bien la formación o moldeado del mundo a partir de la materia ya existente en confusión, no a IHUH, sino a ALHIM, bien conocidos entre los fenicios como deidades, fuerzas o manifestaciones subordinadas. El segundo fragmento lo imputa a IHUH-ALHIM, y San Juan asigna la creación al Logos o Palabra; y afirma que Cristo era la Palabra, así como la Luz y la Vida, otras emanaciones de la Gran Deidad Primigenia, a quienes ciertos cultos habían asignado el trabajo de la creación.

Una existencia absoluta, enteramente inmaterial, totalmente fuera del alcance de nuestros sentidos, causa pero no efecto, que nunca no fue, sino que existió durante una infinidad de eternidades, antes de que hubiese cualquier cosa excepto Tiempo y Espacio, queda totalmente más allá de nuestras concepciones. La mente del hombre se ha cansado de especular en lo referente a Su naturaleza, Su esencia y Sus atributos, para acabar igual de ignorante que al principio. Ante la imposibilidad de concebir la inmaterialidad, nos sentimos perdidos cuando vamos más allá del dominio de la materia. Y a pesar de ello sabemos que hay Poderes, Fuerzas, Causas que en sí no son materia. Les adjudicamos nombres, pero en lo referente a lo que realmente son, y lo que es su esencia, somos totalmente ignorantes.

Pero afortunadamente, no se concluye de esto que no podamos creer, o incluso saber, lo que no podemos explicarnos, o lo que está más allá del alcance de nuestra comprensión. Si creyésemos únicamente lo que nuestro intelecto puede alcanzar, medir y comprender, y acerca de lo que podemos tener ideas nítidas y claras, no podríamos creer en nada. Los sentidos no son los testigos que nos ofrecen testimonio de las más elevadas verdades.

Nuestra mayor dificultad consiste en que ese lenguaje no es adecuado para expresar nuestras ideas, dado que nuestras palabras se refieren a cosas, y son imágenes de lo que es sustancial y material. Si empleamos la palabra «emanación», nuestra mente recurre involuntariamente a algo material fluyendo de alguna otra cosa que es igualmente material. Y si rechazamos esta idea de materialidad, no queda nada de la emanación salvo una irrealidad. La palabra «cosa» nos sugiere por sí misma aquello que es material y entra dentro del conocimiento y jurisdicción de los sentidos. Si renunciamos a la idea de materialidad, se nos presenta como una no-cosa, como una irrealidad intangible que la mente intenta en vano alcanzar. Existencia y Ser son términos que presentan el mismo color de materialidad; y cuando hablamos de Poder o Fuerza, la mente inmediatamente imagina cualquier cosa física y material ejerciendo su efecto sobre otra. Elimina esa idea, y el Poder y la Fuerza, despojados de sus características físicas, parecerán tan irreales como la sombra que baila sobre una pared, que es en sí misma una simple ausencia de luz; pues lo espiritual es para nosotros únicamente algo que no es materia.

Espacio infinito y tiempo infinito son las dos ideas primarias. Las formulamos de este modo: añade cuerpo tras cuerpo y esfera tras esfera hasta que la imaginación se agote; y aun así todavía quedará más allá un espacio vacío, desocupado, sin límites, porque está vacío. Añade acontecimiento tras acontecimiento en continua

sucesión, por siempre jamás, y tras ello todavía quedará, tanto antes como después, un Tiempo en que no había ni habrá sucesos, igualmente infinito porque está también vacío. De este modo estas dos ideas de la falta de límites del espacio y la infinitud del tiempo parecen implicar las ideas de que la materia y los acontecimientos son limitados y finitos. No podemos concebir una infinitud de mundos o de eventos, sino únicamente un número indefinido de ambos; pues, aunque nos esforzamos por concebir su infinitud, acaba sucediendo que en nuestro pensamiento aparece espacio en el que no hay mundos. Y debe haber habido tiempo en que no sucedieron acontecimientos. No podemos concebir que, si esta Tierra se mueve millones de millones de kilómetros un millón de veces, se encuentre en el centro del espacio; ni que, si viviésemos millones y millones de eras y siglos, debiéramos estar todavía en el centro de la eternidad, con tanto espacio a cada lado como en el caso anterior; pues sería como afirmar que el mundo no se ha movido o que no hemos vivido en absoluto.

Ni tampoco podemos comprender cómo una serie infinita de mundos, añadidos unos a otros, no puede ser más larga que una serie infinita de átomos. O que una serie infinita de siglos no sea más larga que una serie infinita de segundos, siendo ambas series igualmente infinitas, y no conteniendo una serie menos elementos que la otra.

Del mismo modo que no tenemos la capacidad de formar en nosotros mismos una idea de lo que es lo inmaterial. Empleamos la palabra, pero conlleva para nosotros únicamente la idea de ausencia y negación de la materialidad, que al desvanecerse únicamente nos dejaría un tiempo y un espacio infinito y sin límites.

No podemos formarnos una concepción de un efecto sin una causa. No podemos sino creer, y de hecho lo sabemos, que por muy lejos que retrocedamos en la cadena de causas y efectos, esta no puede ser infinita; sino que debemos finalmente llegar a algo que no es un efecto, sino causa primera. Y a pesar de ello el hecho queda literalmente más allá de nuestra comprensión. La mente rehúsa alcanzar la idea de auto-existencia, o existencia sin un comienzo.

No se necesita ir tan lejos en busca de misterios; ni tenemos derecho alguno a ser incrédulos o a dudar sobre la existencia de una Gran Causa Primera, que en sí no es efecto, solo porque no podemos comprenderlo, y porque las palabras que empleamos ni siquiera la expresan adecuadamente.

Frotamos una aguja por un momento sobre una masa oscura e inerte de mineral de hierro que ha yacido dormida en la tierra durante siglos. Y algo es

comunicado en ese momento al acero. Lo denominamos virtud, poder o cualidad, y a continuación la colocamos sobre una base y, ¡sorpresa!, movida por algún poder misterioso e invisible, un polo de su aguja se gira hacia el Norte, permaneciendo así durante días y años. Y quizá se mantenga así mientras el mundo dure. Y puedes llevar esa aguja donde desees, no importa qué mares o montañas se interpongan entre ella y el Polo Norte del mundo. Y este poder que actúa así e indica al marino su curso a través del océano sin caminos cuando las estrellas no han brillado durante días, salva naves del naufragio, familias del dolor, y guarda de una muerte súbita a aquellos de cuyas vidas depende el destino de las naciones y la paz del mundo. De no ser por este poder, Napoleón no hubiese podido volver a Francia desde Egipto, ni Nelson hubiese vivido para vencer en Trafalgar. Los hombres denominan a este poder Magnetismo, y creen complacientemente que lo han explicado todo, cuando no han dado más que un nuevo nombre a algo desconocido con el fin de esconder su ignorancia. ¿Qué es este maravilloso Poder? Se trata de un poder real y activo, que sabemos y vemos. Pero lo que es en esencia, o cómo actúa, es algo que desconocemos, del mismo modo que desconocemos la esencia del modo de actuar del Pensamiento Creativo del Verbo de Dios.

Y volviendo a lo anterior, ¿qué es aquello que denominamos galvanismo y electricidad, ese fenómeno que producido por la acción de algo de ácido sobre dos metales, con la ayuda de un imán, es capaz de dar la vuelta a la Tierra en un segundo transmitiendo de nación a nación los pensamientos que gobiernan las transacciones de individuos y estados? La mente no se ha formado una noción de esa realidad, y no podemos darle ningún nombre que nos ayude a comprender su esencia y su ser. Es un Poder, como el Pensamiento y la Voluntad. No sabemos más.

¿Cuál es este poder de gravitación que hace que todo en la Tierra tienda hacia el Centro? ¿Cómo extiende sus manos invisibles hacia los erráticos meteoros, atrapándolos en su veloz curso y haciéndolos caer en el seno de la Tierra? Es un poder. No sabemos más.

¿Qué es el calor que desempeña una parte tan maravillosa en la economía del mundo, ese poder calórico, latente en todas partes, dentro y fuera de nosotros, producido por la combustión, la presión intensa o por el movimiento veloz? ¿Es sustancia, materia, espíritu, algo inmaterial, una mera fuerza o un estado de la materia?

¿Y qué es la luz? Una sustancia —dicen los textos—, una materia que viaja hacia nosotros desde el Sol y las estrellas, siendo cada rayo susceptible de ser

descompuesto por el prisma en siete rayos de colores distintos, cada uno con cualidades propias. Y si es una sustancia, ¿cuál es su esencia, cuál su poder inherente, que le permite viajar incalculables millones de kilómetros para alcanzarnos diez mil años o más tras haber abandonado las estrellas?

Todo poder es igualmente un misterio. Aplica un frío intenso a una gota de agua en el centro de un globo de hierro, y el globo saltará en pedazos conforme el agua se congele. Confina un poco del mismo líquido elemento en un cilindro que Encelado o Tifón no hubiesen podido partir en dos, y aplícale un calor intenso, y el vasto poder que yacía latente en el agua hará temblar el cilindro hasta en sus átomos. Un pequeño brote de una diminuta semilla, un brote tan tierno y delicado que el más mínimo toque podría destruirlo, es capaz de abrirse camino a través de la dura tierra, profundizando muchos metros con una energía por completo incomprensible.

¿Cuáles son estas poderosas fuerzas encerradas en la diminuta semilla y en la gota de agua?

¿Qué es la misma vida, con todas sus energías poderosas y maravillosas —ese poder que mantiene el calor en nuestro interior, e impide a nuestros cuerpos descomponerse en sus elementos originales—; la vida, ese constante milagro cuya naturaleza y esencia ha eludido a todos los filósofos y sus sesudas disertaciones que no son más que mera jerga?

No hay que asombrarse de que los antiguos persas considerasen que la Luz y la Vida eran la misma cosa, siendo ambas emanaciones de la Deidad Suprema, el arquetipo de Luz. No hay que asombrarse de que, en su ignorancia, adorasen al Sol. Dios insufló en el hombre el espíritu de vida; que no es materia, sino una emanación de Sí Mismo. No era algo creado por él, ni una existencia distinta, sino una Potencia, como su propio Pensamiento. Y la luz, para las grandes almas antiguas, tampoco era una criatura, ni ninguna materia bruta, sino una pura emanación de la Deidad, inmortal e indestructible como Ella Misma.

¿Qué es, de hecho, la realidad? Nuestros sueños son tan reales, mientras duran, como los acontecimientos del día. Vemos, oímos, sentimos, actuamos y experimentamos placer y sufrimos dolor tan vívidamente en el sueño como en la vigilia. Los sucesos y transacciones de un año se acumulan en el límite de un segundo, y los recuerdos del sueño son tan reales como los hechos pasados de la vida.

Los filósofos nos dicen que no conocemos la sustancia misma, sino únicamente sus atributos. Y que, cuando nosotros vemos lo que denominamos un bloque de mármol, nuestra percepción nos ofrece únicamente algo grande, sólido, coloreado, pesado, etc., pero no lo que es la cosa en sí misma, a la que pertenecen estos atributos. Pero los atributos no existen sin la sustancia. No son sustancias, sino adjetivos. La dureza, el peso o el color no tienen una existencia por sí mismos, separada de una cosa, de forma que puedan moverse ahora aquí, ahora allá, uniéndose a uno u otro objeto.

De este modo, el Pensamiento, la Voluntad y la Percepción no son el alma, sino sus atributos; y no tenemos conocimiento del alma misma, sino únicamente de sus manifestaciones. Del mismo modo que no tenemos conocimiento de Dios, sino únicamente de Su Sabiduría, Poder, Magnificencia, Verdad y otros atributos. Y a pesar de ello sabemos que existe un alma dentro del cuerpo y un Dios que vive en el Universo.

Tomemos, pues, los atributos del alma. Soy consciente de que yo existo y que soy la misma persona que era hace veinte años. Soy consciente de que mi cuerpo no es YO, pues si acaso mis brazos fuesen amputados esa persona que denomino YO permanecería completa, entera e idéntica. Pero no puedo asegurar, ni siquiera sometiéndome a la reflexión más intensa y continuada, qué es lo que soy, ni en qué parte de mi cuerpo resido, ni si soy un punto o una sustancia expandida. No tengo capacidad para examinarlo o inspeccionarlo. Existo, deseo, creo, percibo; eso, y nada más, es lo que sé.

Concibo un Pensamiento noble y sublime. ¿Qué es ese Pensamiento? No es materia, ni espíritu. No es una cosa, sino un Poder o una Fuerza. Trazo sobre un papel ciertas marcas convencionales, que representan ese pensamiento. No hay poder o virtud en los signos que escribo, sino tan solo el pensamiento que transmito a otros. Muero, pero el pensamiento permanece. Es un Poder. Actúa sobre los hombres, los empuja al entusiasmo, inspira patriotismo, gobierna su conducta, controla sus destinos, dispone su vida o su muerte. Las palabras que pronuncio no son más que una particular sucesión de sonidos que, por convenio, transmiten a los otros el pensamiento inmaterial, intangible y eterno. El hecho de que el Pensamiento continúe existiendo una vez que ha germinado en la alma prueba su inmortalidad, pues no existe cosa alguna que pueda destruirlo. Las palabras habladas, por ser meros sonidos, se desvanecen en el aire; mientras que las escritas, que no son más que

marcas, pueden ser quemadas, borradas y destruidas. Pero el Pensamiento vive, y debe vivir por siempre.

De modo que un Pensamiento Humano es una Existencia real, así como una Fuerza y un Poder, capaz de regir y controlar la materia, al igual que la mente. ¿Acaso la existencia de Dios, que es el alma inmaterial del Universo, y cuyo Pensamiento, plasmado en Su Palabra o no, supone un Poder Infinito de Creación, Preservación y Destrucción, no resulta tan incomprensible como la existencia de un Alma, de un pensamiento separado del Alma, del Poder de ese Pensamiento para modelar el destino y disponer los Destinos de la Humanidad?

Pero aun así no sabemos cuándo surge ese pensamiento, ni qué es. No es Nosotros. Nosotros no le damos forma, ni lo perfilamos, ni lo moldeamos. No es una fabricación nuestra, ni tampoco es nuestra invención. Brota espontáneamente, como un destello en el alma, convirtiendo a esa alma en el instrumento involuntario de su materialización en el mundo.

Llega a nosotros, que lo recibimos como a un extraño que busca refugio.

Del mismo modo que a duras penas podemos explicar el poderoso poder de la Voluntad humana. El mecanismo volitivo, como la ideación, es aparentemente espontáneo, un efecto sin causa. Las circunstancias lo provocan y le sirven como ocasión, pero no lo producen. Emerge en el alma, al igual que el pensamiento, del mismo modo que los borbotones en una corriente. ¿Se trata de una manifestación del alma que únicamente hace visible lo que acontece en su interior, o de una emanación suya, que sale y actúa hacia el exterior, siendo una Existencia per se, del mismo modo que es considerada un Poder? Únicamente podemos reconocer nuestra ignorancia. Es cierto que la Voluntad actúa sobre las almas, las controla y dirige, conforma su acción y legisla sobre hombres y naciones. Y sin embargo no es material ni visible; y las leyes que escribe únicamente informan al alma de lo que ha sucedido dentro de otra.

Dios, por lo tanto, no entraña más misterio que el resto de cosas que nos rodean, del mismo modo que nosotros somos un misterio. Sabemos que hay y debe haber una Causa Primera. Sus atributos, separados de Él, no existen. Del mismo modo que no existen el color y la extensión, el peso y la dureza al margen de un sustantivo, ya sea espiritual o material, el Bien, la Sabiduría, la Justicia, la Piedad y la Benevolencia de Dios no son entes separados que los hombres hayan personificado, sino atributos de la Deidad, los adjetivos del Sustantivo Uno y Grande. Pero sabemos que Dios debe ser Bueno, Verdadero, Sabio, Justo,



Benevolente y Piadoso; y en todos estos, como en Sus demás atributos, debe ser Perfecto e Infinito, pues somos conscientes de que estas leyes nos son impuestas por la propia naturaleza de las cosas y son necesarias, y que sin ellas el Universo sería un caos y la existencia de Dios sería increíble. Estos atributos lo son de su esencia, de lo que se sigue necesariamente de que Su existencia es.

Dios es el Alma Viva, Pensante e Inteligente del Universo, lo Inmutable, lo Permanente, el Estos (Εστως) de Simón el Mago, la Unidad (To On, To Ov) de Platón, en contraposición al perpetuo flujo y reflujo, o Génesis, de las cosas. Y dado que el Pensamiento del Alma emana de ella, se vuelve audible y visible en las Palabras, y así fue al principio concebido: eterno, connatural a Ella, que se manifestaba en el Verbo, creando así los universos material, mental y espiritual que, al igual que Sí Mismo, nunca comenzaron a existir.

Y esto es en lo que creían los antiguos: en Dios, Padre Todopoderoso y Fuente de Todo; Su Pensamiento, que concebía el Universo entero y cuya voluntad era crearlo; Su Palabra, que pronunciaba ese Pensamiento, y así se convertía en Creador o Demiurgo, en el que eran la Vida y la Luz, y la Luz y la Vida del Universo. Pero no cesó esa Palabra de actuar con el mero acto de la Creación, pues una vez que puso la gran máquina en marcha, y estableció las leyes de su movimiento y progresión, de nacimiento y vida, no se convirtió en algo inerte e inactivo. Pues el **PENSAMIENTO DE DIOS VIVE Y ES INMORTAL.**

Materializado en el VERBO, no solo es creado sino que permanece. Conduce y controla el Universo, todas sus esferas, todos sus mundos, todas las acciones del género humano y de toda criatura animada e inanimada. Habla en el alma de todo hombre vivo. Las estrellas, la Tierra, los árboles, los vientos, la voz universal de la Naturaleza, la tempestad y la avalancha, el rugido del mar y el sonido de la cascada, el áspero trueno y el tenue murmullo del arroyo, el canto de los pájaros, la voz del amor, el discurso de los hombres, todos son el alfabeto por el que la Palabra se comunica a los hombres y les transmite la voluntad y la ley de Dios, el Alma del Universo. Y muy verdaderamente «El Verbo se hizo hombre y habitó entre los hombres».

Dios, el Padre Desconocido (Πατήρ Αγνωστος, Pater agnostos), conocido por nosotros únicamente a través de sus atributos. El Ser absoluto, Su Pensamiento (Εννοια, Ennoia), y la Palabra (Λόγος, Logos), manifestación y expresión del Pensamiento. Sostén la verdadera Trinidad Masónica: el Alma Universal, el

Pensamiento en el Alma, y el Verbo o Pensamiento Expresado. Esta es la Trinidad Una del Escocés Trinitario.

Aquí la Masonería se detiene, y deja a sus iniciados el desarrollo de estas grandes verdades de tal manera que cada uno pueda aproximarse a ellas conforme a su razón, filosofía, verdad, y credo religioso. Renuncia a actuar como árbitro entre ellos. Mira calmadamente desde fuera, mientras cada uno multiplica los intermediarios entre Dios y la Materia, así como las personificaciones de las manifestaciones y los atributos de Dios según su razón, convicciones o caprichos. Mientras el hindú nos dice que Parabrahma, Brahm y Paratma era el primer dios uno y trino, manifestándose como Brahma, Visnú y Siva, Creador, Preservador y Destructor; y el egipcio que lo era Amón-Ra, Neith y Ftah, Creador, Materia, Pensamiento o Luz; y el Persa describe su trinidad como las tres potencias de Ormuz, Fuentes de Luz, Fuego y Agua; y el budista habla del dios Sakya, trinidad compuesta de Buda, Dharma y Sanga, Inteligencia, Ley y Unión o Armonía; los chinos sabeos hablan de su trinidad o Chang-Ti, el Supremo Soberano, Tien, los Cielos, y Tao, la Razón Universal Suprema y Principio de Todas las Cosas, quienes produjeron la Unidad, la Unidad produjo la Dualidad, la Dualidad la Trinidad, y la Trinidad todo lo que existe. Mientras que el Esclavono-Venda tipifica su trinidad por las tres cabezas del Dios Triglav; mientras los antiguos prusianos apuntaban a su dios triuno Perkún, Pikolos y Potrimpos, deidades de la Luz y el Trueno, del Infierno y la Tierra; los escandinavos a Odín, Frea y Thor; y los antiguos etruscos a Tina, Talna y Minerva, Fuerza, Abundancia y Sabiduría. Mientras Platón nos habla del Bien Supremo, la Razón o Intelecto, y el Alma o Espíritu; y Filón del Arquetipo de Luz, Sabiduría (Σοφία) y el Verbo (Λογος); los Cabalistas, de las Tríadas del Sefirot; mientras los discípulos de Simón el Mago, y las numerosas sectas gnósticas, nos confunden con Eones, Emanaciones, Potencias, Sabiduría Superior e Inferior, Yaldabaoth, Adam-Kadmon, e incluso de las trescientas sesenta y cinco emanaciones de los Maldaitas.

Y mientras que el pío cristiano cree que el Verbo moró en el Cuerpo Mortal de Jesús de Nazaret y sufrió en la Cruz; y que el Espíritu Santo fue derramado sobre los Apóstoles e inspira actualmente a toda Alma Cristiana...

Mientras todos estos credos afirman hallarse en posesión exclusiva de la Verdad, la Masonería inculca esta antigua doctrina, y nada más: que Dios es Uno, que Su Pensamiento se plasmó en su Palabra, creando el Universo y preservándolo por medio de estas Leyes Eternas que son expresión de su Pensamiento; que el Alma

del Hombre, insuflada en él por Dios, es inmortal, como lo son sus pensamientos. Que es libre de hacer el mal o escoger el bien; que es responsable de sus actos y punible por sus pecados. Que todo el mal y la injusticia y el sufrimiento de este mundo no son sino temporales, discordancias de una gran Armonía, y que a su debido tiempo se transformarán en infinitas modulaciones para componer el gran acorde armónico y cadencia final de Verdad, Amor, Paz y Felicidad que sonará por toda la eternidad en los Cielos, entre las estrellas y mundos, y en todas las almas de hombres y ángeles.

